

El «temazcal» en Mesoamérica: evolución, forma y función

José ALCINA FRANCH
Andrés CIUDAD RUIZ

Josefa IGLESIAS PONCE DE LEÓN
(Universidad Complutense de Madrid)

El descubrimiento del que probablemente es el primer *temazcal* de tipo campesino o rural en la excavación del sitio Agua Tibia (Totonicapán), en el suroeste de Guatemala, en la campaña llevada a cabo por la Misión Científica Española bajo la dirección de uno de nosotros durante los meses de julio a septiembre de 1979¹, ha provocado el que nos planteásemos de nuevo el problema de forma, función, distribución geográfica, origen y significado de esta estructura arquitectónica, dentro del marco de la cultura maya y con referencia al área mayor —Mesoamérica— y aun sin perder de vista las dimensiones continental y mundial en que hay que examinar dicha estructura que es, por otra parte, el núcleo central, en torno al cual creencias, ritos y ceremonias se desenvuelven. Las páginas siguientes tratan de responder a esas cuestiones de manera sucinta y fundamental.

EL TEMAZCAL DE AGUA TIBIA (TOTONICAPÁN)

Durante los meses de julio a septiembre de 1979 la Misión Científica Española en Guatemala ha desarrollado su tercer año de excavaciones en la cuenca del río Samalá, dentro del proyecto de investigación:

¹ Es muy grato hacer público nuestro reconocimiento a las instituciones de las que depende la Misión Científica Española en Guatemala y gracias a las cuales se han podido llevar a efecto los trabajos de campo a que nos referimos en estas páginas: Junta para Protección de Monumentos en el Extranjero del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid); Instituto de Cooperación Iberoamericana (Madrid); Ministerio de Educación y Ciencia de España, e Instituto de Antropología e Historia de Guatemala.

«Cambio cultural en el occidente de Guatemala» (Alcina, 1978-a, 1978-b), en el que las primeras excavaciones se centraron en el sitio de Las Victorias, en Salcajá (Alcina, 1979-a; Ciudad-Iglesias, 1979; Rivera, 1978), siendo las segundas las que se han verificado en el sitio de Agua Tibia, en las proximidades de San Miguel Toponicapán (Alcina, 1979-b).

El sitio de Agua Tibia representa un asentamiento habitacional, probablemente un poblado, perteneciente al período Clásico Tardío o Postclásico Temprano, del que se excavaron los restos de tres viviendas, un basurero, un horno abierto para cerámica y un temazcal².

Una de las viviendas —la casa núm. 2—, junto con el horno abierto y el temazcal, constituyen una unidad perfectamente armónica y relacionada (fig. 1). En este artículo nos vamos a ocupar únicamente del

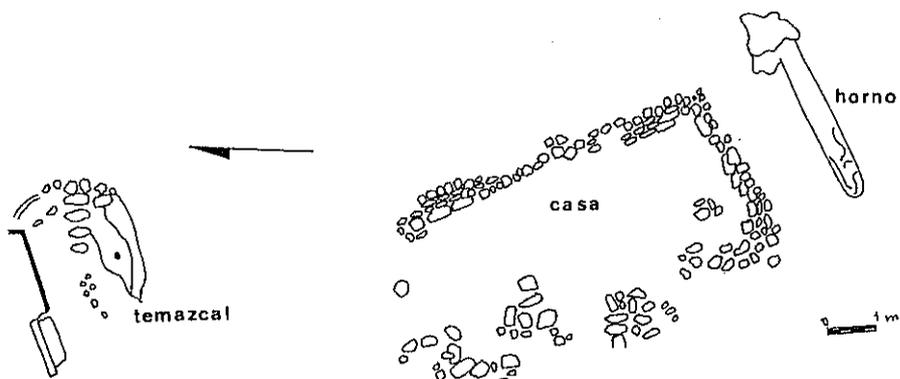


FIGURA 1.—Agua Tibia (Totonicapán): plano de la casa número 2 con el horno y el temazcal adjuntos.

temazcal, pero sin perder de vista el conjunto del que forma parte. En efecto, una de las cuestiones más importantes en nuestra opinión a tener en cuenta en este momento es el hecho de que se trata de un conjunto campesino o rural, del cual la casa número 2 en concreto puede ser considerada como la de un artesano ceramista, por lo que éste es, sin duda, el primer temazcal arqueológico hallado en el occidente de Guatemala, perteneciente a un asentamiento típicamente campesino o rural del período Clásico Tardío, ya que, como veremos más adelante, el

² En una segunda temporada de excavaciones llevada a cabo por uno de nosotros en enero de 1980, se ha descubierto un amplio conjunto funerario en las proximidades de la casa núm. 2 de Agua Tibia.

único de ese mismo período y región, el de Finca El Paraíso (Borhegyi, 1965: 32, y Kidder-Shook, 1959) corresponde a un asentamiento claramente ceremonial y perteneciente a la *élite*.

Siendo la casa número 2 de planta rectangular (7×4 metros de superficie), el temazcal al que nos referimos se encuentra a unos cinco metros de distancia hacia el Norte, desde la casa, mientras el horno abierto al que hacíamos referencia más arriba se encuentra a 1,5 metros de distancia hacia el Sur. Esa distancia, como veremos más adelante, puede significar que el temazcal no era de uso exclusivo de los habitantes de esa casa, sino que era utilizado por los miembros de varias familias que habitarían en casas diferentes, situadas en el inmediato contorno.

El temazcal en cuestión, debido sin duda a su propia estructura y a su disposición en el terreno, ha quedado sumamente destruido, pero de él queda el número de elementos suficientes como para poder reconstruirlo con bastante precisión. Se trata de una estructura de planta aparentemente rectangular, de 4,5 metros de longitud por 2,25 de anchura (figs. 2 y 3). El conjunto de evidencias que quedan *in situ* parecen indicar que la construcción era semisubterránea, teniendo quizá la entrada por su lado oriental. Aunque nada queda de las jambas y umbral de esa posible puerta de acceso, pensamos que el ingreso de los bañistas se hacía por allí, porque es en ese lado, en el que se aprecia con toda claridad una escalera con cuatro peldaños que lleva hasta un nivel interior, que es el más bajo de todo el conjunto y en el que se aprecia una serie de cantos rodados y piedra pómez, junto con tierra apisonada que, sin duda, constituía el suelo interior del temazcal.

En el lado sur, junto a la puerta de ingreso y escalera, se aprecia una zona de tierra quemada intensamente y en la que destaca un orificio que há debido servir como desagüe. Ese sector poco definido formalmente es, sin lugar a dudas, el hogar u hornillo donde se hacía el fuego que servía para calentar las piedras que, rociadas posteriormente con agua, producían el vapor de agua para el baño. Cabe suponer, por consiguiente, teniendo en cuenta otros modelos de *temazcales* campesinos a los que aludiremos luego, que en ese lado había otra pequeña puerta por donde se introduciría la leña para el fuego y que serviría como ventilador, en relación con la puerta de ingreso a la construcción.

El lado norte del temazcal, en su parte interior, es el mejor conservado del conjunto. En primer lugar, hay que mencionar un trozo de pared perfectamente alisada y enlucida de unos dos metros de longitud y altura variable. Muy probablemente esa pared se ha construido directamente sobre el terreno excavado, de modo que su enlucido se ha confeccionado alisando el terreno y sometiéndolo a una ligera cocción.

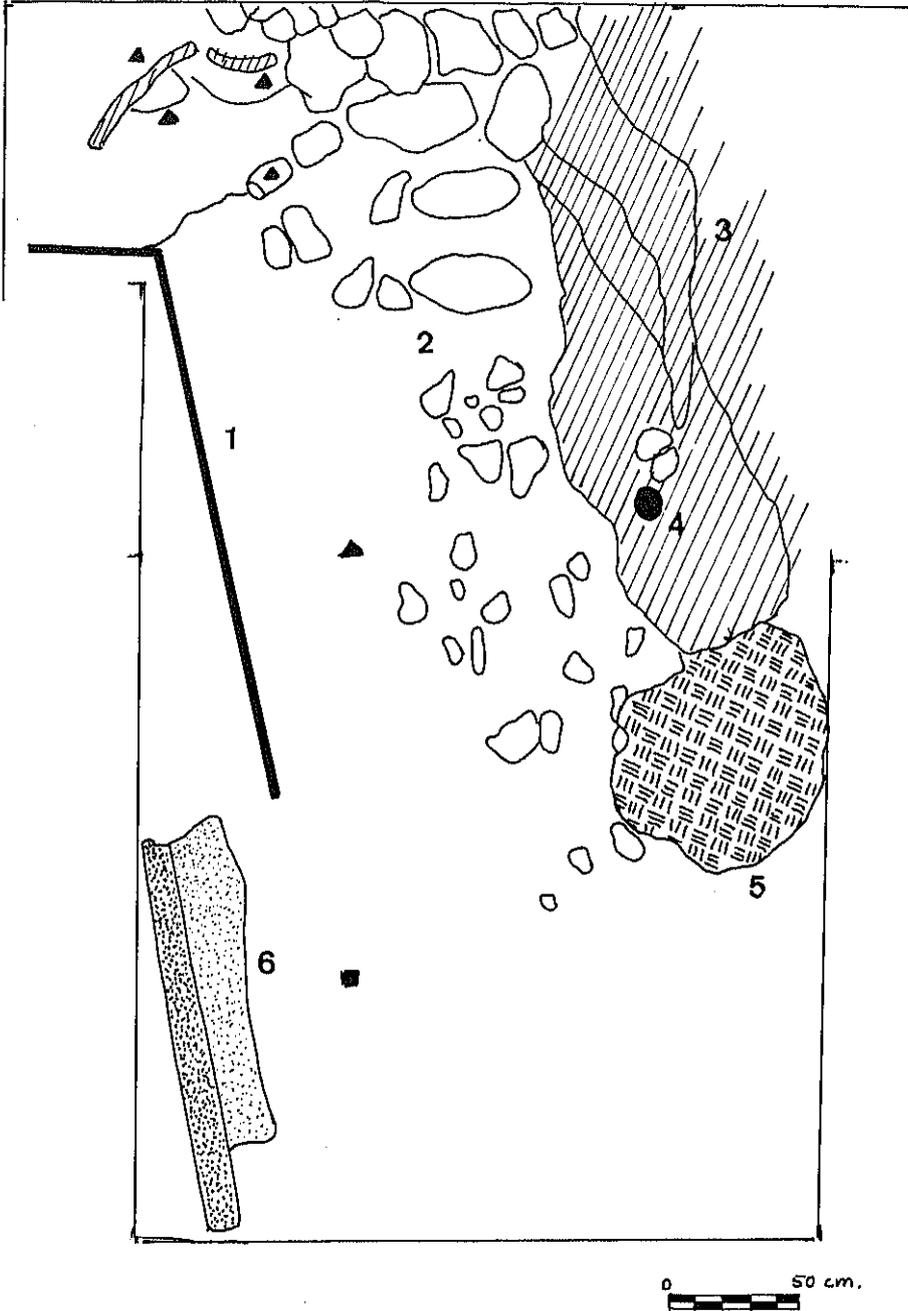


FIGURA 2.—Agua Tibia: planta del temazcal: (1) muro enlucido; (2) escalones de acceso; (3) zona intensamente quemada; (4) orificio de desagüe; (5) tierra apisonada; (6) losas de piedra: posible banco. Triángulos negros: manos de machacador o metate. Cuadros negros: núcleos de obsidiana.

A continuación del fragmento de pared enlucida hay una especie de banco consistente en un tablero de piedra, limitado por su parte posterior por un prisma rectangular, igualmente de piedra y perfectamente tallado, que serviría probablemente para que se sentasen o acostasen los usuarios del baño de vapor. Ambas piezas de piedra descansan sobre una especie de banco construido con tierra quemada y, por consiguiente, muy endurecida, sistema que ha sido empleado en otras partes de la construcción de la vivienda próxima al temazcal (Alcina, 1979-b).

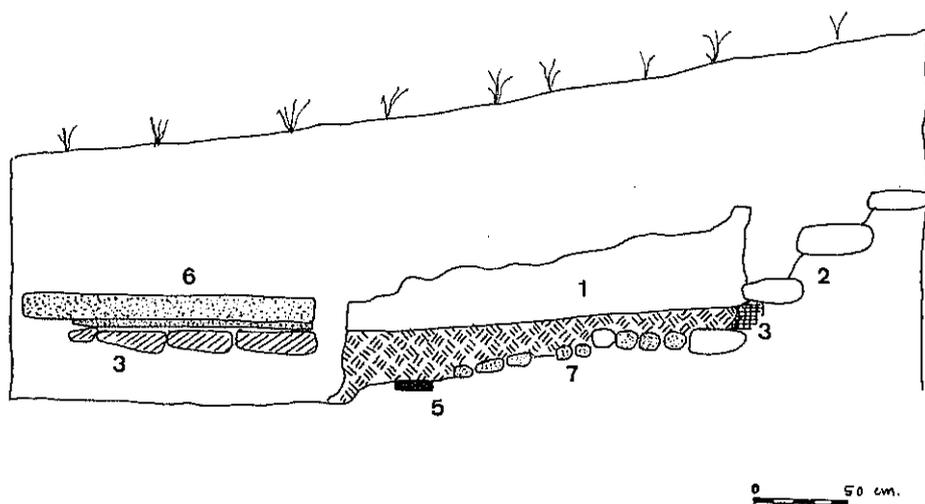


FIGURA 3.—*Agua Tibia: sección Este-Oeste del temazcal: (1) muro enlucido; (2) escalones de acceso; (3) tierra quemada; (5) tierra apisonada y quemada; (6) losas de piedra: posible banco; (7) piedra pómez en el pavimento.*

En cuanto a los muros del baño de vapor que sobresaliesen por encima del nivel del terreno y la techumbre, cabe conjeturar (fig. 4), aunque no tenemos suficientes datos para afirmarlo con seguridad, que aquéllos estarían contruidos —al igual que los muros de la casa número 2— con piedra pómez de tamaño mediano y barro, mientras que la techumbre sería muy probablemente de madera y pajón. En el nivel inmediatamente superior a aquel en que apareció el primer peldaño de la escalera del temazcal se apreció una enorme cantidad de piedra pómez que, sin duda, correspondería a aquellos muros totalmente derruidos. En la figura 4 hemos intentado representar la posible imagen exterior e interior del temazcal tal como lo hemos descrito a partir de los datos conservados y las deducciones que razonablemente podemos hacer a partir de ellos.

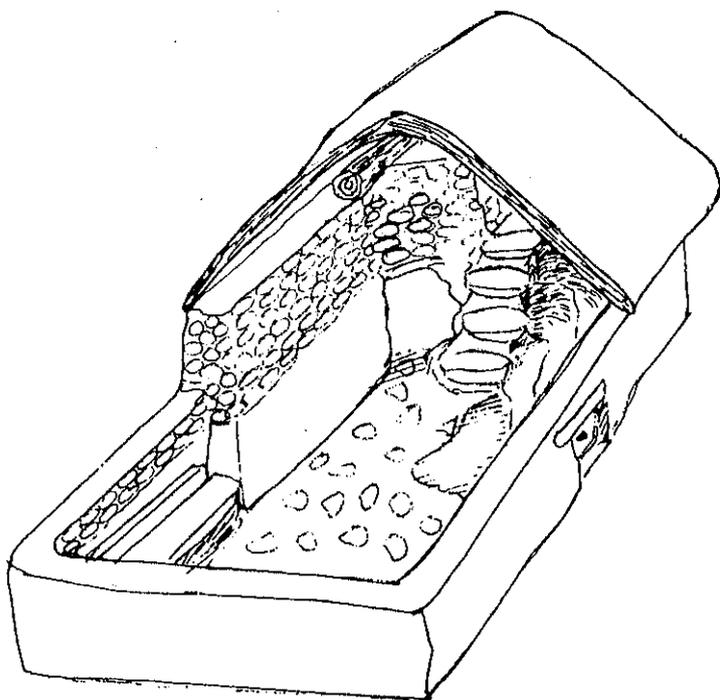


FIGURA 4.—Agua Tibia: reconstrucción del temazcal.

DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA

Aunque no es nuestro propósito hacer un estudio detallado de los diferentes tipos de baño o ni siquiera del baño de vapor en el Viejo Mundo, es necesario hacer referencia al hecho de que hay varios tipos de baños en esa región del mundo (Lopatin, 1960: 978-979) que, pese a sus mutuas relaciones e influencias, hay que distinguir y separar, ya que el tipo de baño al que nos vamos a referir en este ensayo tiene que ver fundamentalmente con el vapor de agua, tipo *sauna* finlandesa (Virkki, 1962: 71), el cual tiene una distribución geográfica muy concreta, ya que comprende el área septentrional de Europa incluyendo Suecia, Noruega, Finlandia y parte de Rusia (Lopatin, 1960: 978). Hay que advertir, sin embargo, que ese tipo de baño no fue conocido y utilizado en el extenso territorio siberiano sino hasta 1581, en que Siberia fue conquistada e incorporada al imperio ruso (Lopatin, 1960: 988).

De otra parte, la distribución geográfica de este tipo de baño de vapor de agua en América cubre prácticamente la totalidad de Norteamé-

rica y casi toda el área cultural que conocemos como Mesoamérica (Driver, 1961: mapa 20), más algunos grupos tribales aislados en América del Sur (Lopatin, 1960: 986, fig. 1).

Si tenemos en cuenta esa distribución geográfica, tanto en el Viejo Mundo (fig. 5) como en América, tendremos que llegar con Lopatin (1960: 989) a la conclusión de que «para el origen del baño de vapor americano se pueden sugerir dos teorías: 1) que es una invención independiente y paralela, en suelo americano; 2) que es el resultado de una difusión desde el noroeste de Europa». Para Lopatin sería esta última la explicación más adecuada a las estrechas semejanzas en la estructura de la casa de baños, en la técnica de generar el vapor y en los métodos y propósitos del sistema, lo cual entraría en la línea explicativa que, para ciertos rasgos culturales prehistóricos de Norteamérica, propone Greenman (1963).

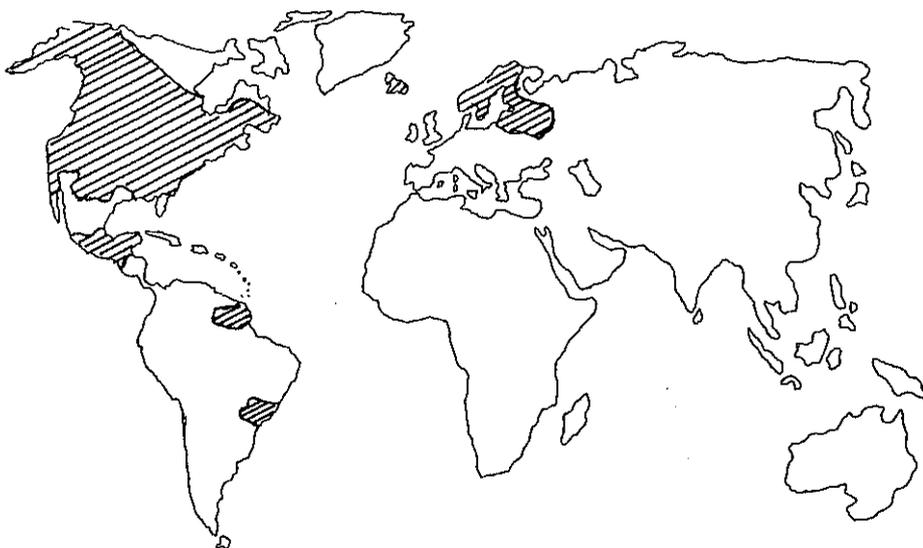


FIGURA 5.—Distribución mundial del baño de vapor (según Lopatin, 1960).

No obstante, y considerando, por un lado, las dificultades que ofrece una difusión en ese sentido y, por otro, la posibilidad de que las condiciones ambientales semejantes en el norte de Europa y en el norte de Norteamérica hayan conducido a resultados parecidos, estimamos que es más probable pensar que tales coincidencias son el resultado de una doble invención. No parece probable una difusión desde Europa hacia el Este, a través de Asia hasta América (Driver, 1961: 129), dado lo tardíamente que llega a Siberia.

Norteamérica

En términos generales podemos decir que la mayor parte de las tribus al norte de México conocían y usaban el baño de sudor, aunque el sistema empleado fuera relativamente diferente (Henshaw, 1910: 660-661); solamente los esquimales del centro y del este, algunas tribus del sur de la Gran Cuenca, los yumas, los pimas y los pueblos del norte de México no usaron el baño de sudor (Driver, 1961: 128 y mapa 20) (fig. 6).

Los procedimientos utilizados por los grupos indígenas norteamericanos fueron básicamente dos: por exposición directa al fuego en un recinto cerrado y por generación de vapor de agua, casi siempre al rociar con agua piedras previamente calentadas al fuego (Driver, 1961: 128); el primero es poco frecuente, pero lo hallamos entre los esquimales de Alaska y los indígenas de California, los que, extrañamente, construyen casas muy semejantes: unas de tipo rectangular y otras circulares (Driver, 1961: 128); el segundo tipo es casi universal entre los indios norteamericanos, y aunque los tipos de la casa son muy variables y también los fines por los que se utilizan, podemos generalizar en el sentido de que en casi todos los casos los baños no son permanentes y casi siempre se hacen con fines medicinales (Driver, 1961: 504; Virkki, 1962: 72, fig. 1).

México central

Si salvamos el amplio espacio geográfico que comprende la región norte de México y parte del sur y suroeste de los Estados Unidos, incluyendo Baja California, lo que fue Aridamérica y Oasis-América para Kirchhoff, hallamos una zona casi continua para el empleo del baño de vapor, que es propiamente el área mesoamericana, de la que vamos a tratar separadamente, en dos sub-regiones: México central y área maya.

El nombre con que se designa comúnmente en toda Mesoamérica el baño de vapor es el de *temazcal*, que proviene del nahuatl *temazcalli*: «casilla como estufa donde se bañan y sudan» (Molina, 1944: 2.^a parte, folio 97-v), ya que *tema* equivale a baño, y *calli* significa casa (Cresson, 1938: 90, y Molina, 1944: 2.^a parte, folio 97-r). El empleo generalizado de este término no significa, por supuesto, que su introducción en el área maya, por ejemplo, se haya producido a partir de la influencia nahuatl, sino que éste, como otros términos, lo introducen los españoles del período colonial, desplazando relativamente a los nombres indígenas de cada región.

Aunque no es posible afirmarlo en términos absolutos, sí podríamos asegurar que en la distribución geográfica del uso del *temazcal* en la ac-

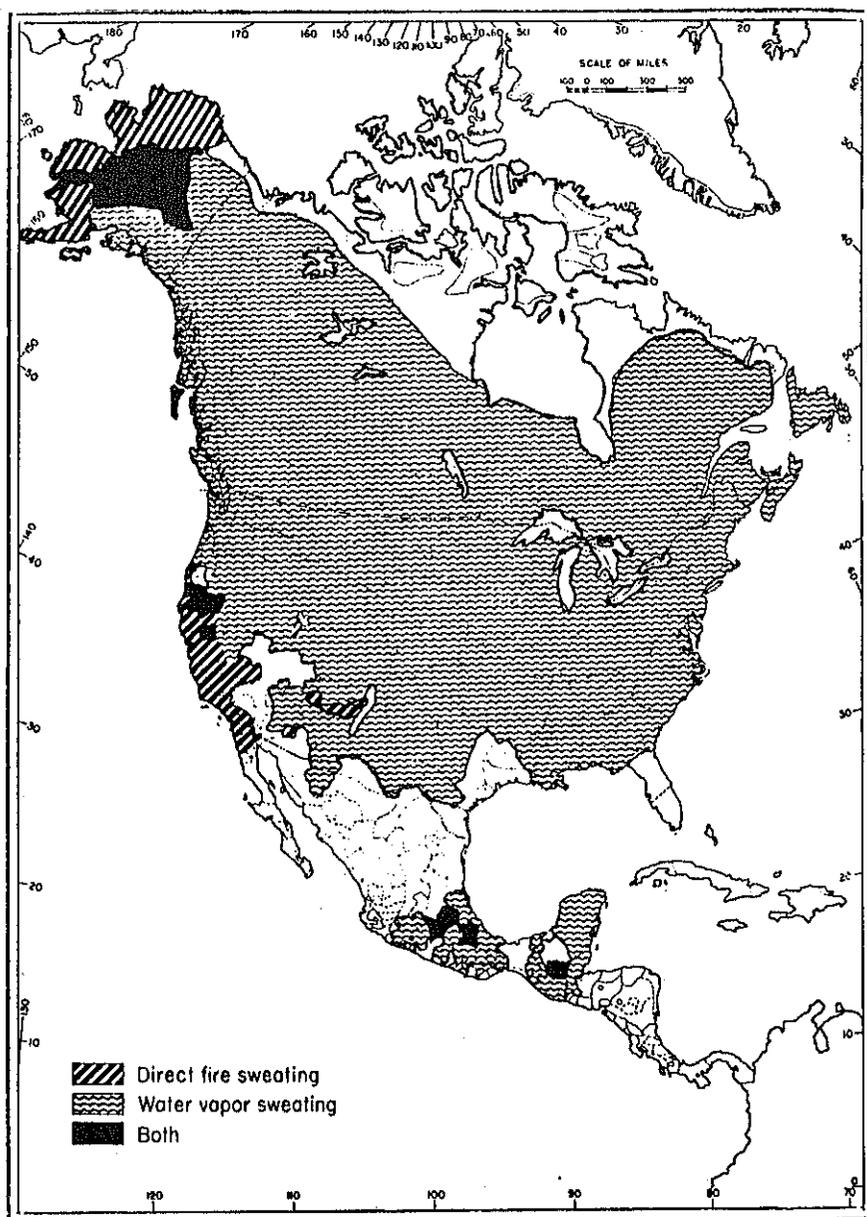


FIGURA 6.—Distribución del baño de sudor en América del Norte (según Driver, 1961, mapa 20).

tualidad, éstos predominan en zonas altas (fig. 7) y, por consiguiente, relativamente frías, sin que aparezcan, por ejemplo, en la península de Yucatán (Wauchope, 1938: 137) o en otras regiones cálidas, como la zona lacandona, norte y noroeste de Guatemala y Belice (Cresson, 1938: 101).

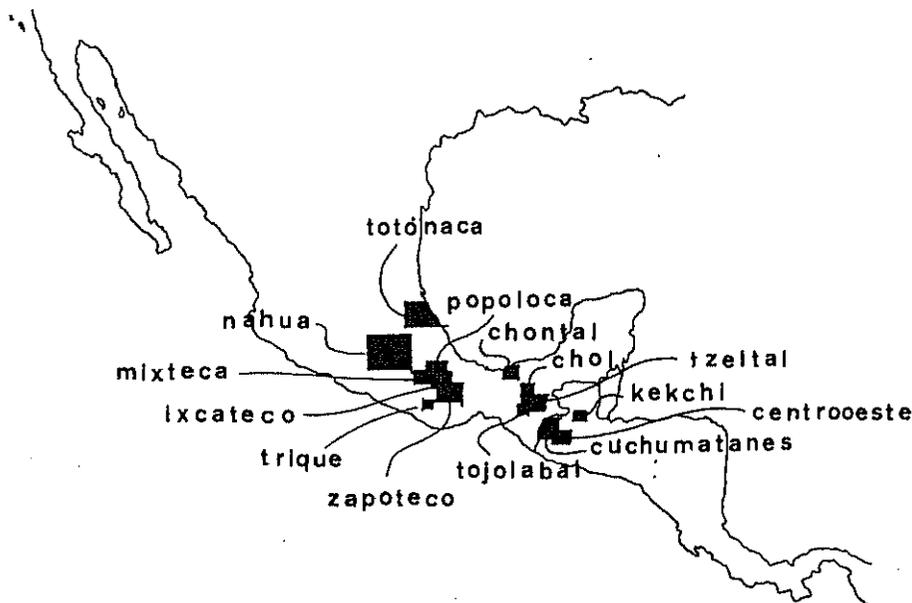


FIGURA 7.—Zonas de Mesoamérica en que se registra el uso del temazcal, entre grupos indígenas actuales.

Así como para el área maya no tenemos más datos antiguos que los de tipo arqueológico, para la región central de México hay una serie de referencias y representaciones en por lo menos cinco códices: Codex Magliabecchianus (Nuttall, 1903: 65) (fig. 9: 1); Codex Vaticanus 3773 (p. 32); Codex Borgianus (p. 13); Codex Aubin (p. 49) y Mapa de la Peregrinación de los Mexicanos (p. 48) (Krickeberg, 1935: 307, y Arreola, 1920: 31-32, cit. por Cresson, 1938: 97).

Otro tanto podemos decir de la época colonial, para la que pueden mencionarse algunas referencias en los cronistas más destacados de entre los que se preocupan por el mundo indígena, tales como Fray Bernardino de Sahagún, tanto en su *Historia* (Sahagún, 1975: 33 [Libro I, cap. VIII: 1, 5 y 6]; 376-377 [Lib. VI, cap. XXVII: 17, 18 y 19],

y 688 [Lib. XI, cap. VII, pár. 6: 175] como en el Códice Florentino (*Florentine Codex*, 1957: 195 [Lib. V, cap. 36]). También hace referencia al *temazcal* Fray Diego Durán (1880: 213, cit. por Virkki, 1962: 79) y Clavigero (1817: I: 429-430 y lám. 30, cit. por Creeson, 1938: 98-99).

Tanto las referencias de los códices como las de los primeros misioneros españoles durante el período colonial hacen hincapié en la consideración del *temazcal* como un «local» de prácticas antiguas, ceremonias y rituales religiosos, etc., por lo que como tales misioneros persiguieron los baños en *temazcal* tratando de desterrar esa práctica. La evidencia de su fracaso se pone de manifiesto, si tenemos en cuenta la distribución actual de tales *temazcales* y el hecho de que en muchos de ellos —en los de regiones más apartadas— el sentido religioso no se ha perdido del todo (Carrasco, 1946: 741).

A los datos recogidos en los códices y en los textos de los cronistas ya mencionados habría que añadir ahora los 83 baños de vapor descubiertos recientemente en el pueblo colonial de Coapa (Chiapas) por una misión de la New World Archaeological Foundation. En ese pueblo la relación de *temazcales*/casas o viviendas sería de 1:4 (Lee, 1979: 220).

La región más septentrional del área y al mismo tiempo una de las más «apartadas», es la de los indios Totonacas (Harvey-Kelly, 1969: 659), en la que en tan sólo cinco pueblos Ichon (1973: 295) contabilizó un total de 240 *temazcales*. Una primera tipología de este autor distingue: a) *temazcales de piedra* (Ichon, 1973: 296, lám. XIV-1); b) *temazcales subterráneos* (Idem: 296, lám. XV-1), y c) *temazcales de hojas* (Idem: 296-297, lám. XV-2). Su valor higiénico y terapéutico no oculta el que sin duda tiene desde el punto de vista religioso (Ichon, 1973: 297-298 y 329-332).

Se han mencionado algunos ejemplares de baños de vapor para San Martín de las Pirámides, en Teotihuacán (Cresson, 1938, fig. 2 y lámina 2-B; Arreola, 1920, en Satterthwaite, 1952, fig. 3) de los que Gamio (1922, II: 241) hace una buena descripción de su funcionamiento (fig. 10: 3).

Se mencionan también entre los nahuas de *Tecospa* (Madsen, 1960 y 1969: 618-620); en Tantima (Starr, 1908: 283, cit. por Wauchope, 1938), así como en los pueblos aztecas de Veracruz (Starr, 1902: 6, citado por Cresson, 1938: 100). El *temazcal* de *Tepoztlán* estudiado por Redfield (1930: 34) es, sin duda, uno de los más complejos de toda la región (Cresson, 1938: 99; Madsen, 1969: 619, y Satterthwaite, 1952, figura 2). Los que cita Krickeberg (1961: 31, fig. 5) para *Puebla* suelen ser cupuliformes y con pasillo de ingreso, tipo que se repite en *Tlaxcala* (Starr, 1902: 6, cit. por Cresson, 1938: 100). En las proximidades de *Cholula*, Bandelier (1884: 158, lám. 11, figs. 2 y 3, cit. por Cresson, 1938: 100) menciona una serie de *temazcales* cuyo uso implicaba ordinariamente la inmersión en agua fría, según la costumbre de los indígenas

del norte de México. Varios temazcales localizados en *Milpa Alta* han sido estudiados detalladamente por Cresson (1938: 99, figs. 3 y 4, lámina 3-A) y Satterthwaite (1952, fig. 5).

Entre los *otomíes* se menciona el uso de temazcales subterráneos o semisubterráneos (Manrique, 1969: 702) (fig. 10: 5). En la *Mixteca* son comunes los temazcales, aunque no todo el mundo dispone de uno de ellos para su uso exclusivo (Ravicz, 1965: 110-111). En el pueblo de *Cuquilla* en concreto, son rectangulares con muros de piedra y techos planos cubiertos de barro (Starr, 1900: 41, cit. por Cresson, 1938: 100).

Entre los zapotecos de Mitla es común el uso del temazcal, que suele ser de planta rectangular (Parsons, 1936: 40, lám. XIII). También se menciona entre los popoloca, aunque en este caso se trata de un temazcal montado con esteras en el interior de la vivienda (Hoppe-Medina-Weitlaner, 1969: 496, fig. 9). Finalmente, se citan temazcales subterráneos en Santa María Ixcatlán (Hoppe-Weitlaner, 1969-a: 503-504 y figura 6), así como entre los chocho (Hoppe-Weitlaner, 1969-b: 514, fig. 11).

Area maya

Así como para el área maya no tenemos información en los códices prehispánicos en relación con el uso del baño de vapor por parte de los mayas antiguos, la información arqueológica resulta ser muy abundante (fig. 8).

Los datos arqueológicos en relación con los de carácter etnográfico ponen de manifiesto un hecho que consideramos muy significativo: en la actualidad el *temazcal* solamente se utiliza en las tierras templadas o frías, pero en época prehispánica (véase cuadro 1) son muchos más los datos que se refieren a las Tierras Bajas que los pertenecientes al altiplano. Además, tenemos el dato de que en el Diccionario maya de Motul se incluye la palabra *zumpulche*, que significa: «baño hecho de tal manera, en el cual entra la mujer recién parida y otras personas enfermas para expulsar el frío que tienen en el cuerpo» (Diccionario, 1864: I, 328, cit. por Cresson, 1938: 101-102).

En opinión de Thompson (1965: 352-355), es probable que las influencias mexicanas en Chichén Itzá o en Tikal expliquen la presencia del temazcal en aquellas ciudades, en el Petén o en la península de Yucatán. Sin embargo, consideramos que la explicación de la presencia del baño de vapor en las Tierras Bajas del área maya se debe más bien a razones de tipo religioso que a condiciones ambientales u otras de tipo histórico.

1. *Piedras Negras*.—En el yacimiento de Piedras Negras se han señalado hasta ocho tamazcales o baños de vapor: estructuras J/17 y N/1

(grupo del Oeste); O/4 y P/7 (grupo del Este); R/13, S/2, S/4 y S/19 (grupo del Sur), de las que solamente se han excavado las denominadas P/7 y N/1 (Statterthwaite, 1936-a, 1936-b y 1952), a los que habría que añadir un ejemplo discutible en El Chile (Pollock, 1965: 424). La mayor parte de los temazcales indicados se hallan dentro del área de lo que podemos denominar «centro ceremonial», habiendo sido construidos de mampostería similar a la de los palacios y los templos «y su gran tamaño con relación a los ejemplos modernos mexicanos indican que eran construcciones de alguna importancia» (Cresson, 1938: 100) (figura 9: 4-6).

CUADRO 1

Núm.	Lugar	Núm. de ejemplares	Período
1	Piedras Negras	8	Clásico
2	Palenque	1	Clásico Tardío
3	S. Antonio (Chiapas)	1	Clásico Tardío
4	Uaxactún	1	Clásico
5	Tikal	1	Clásico
6	Quiriguá	2	Clásico Tardío
7	Chichén Itzá	2	Postclásico
8	Iximché	1 (?)	Postclásico
9	Los Cimientos-Chustum	1	Postclásico
10	Zacualpa	1 (?)	Clásico
11	Agua Tibia	1	Clásico Tardío
12	Finca El Paraíso	1	Clásico Tardío

2. *Palenque*.—El ejemplar que se señala para Palenque se sitúa en El Palacio, muy cerca de la Cámara Sur, en las proximidades de la Torre. Se trata de una cámara con dos orificios circulares en el suelo, que han podido servir como desagüe; la sala carece, sin embargo, de otras evidencias que confirmen la función de la misma como temazcal (Ruz, 1952: 56, fig. 3 y lám. XIII).

3. *San Antonio* (Chiapas).—El temazcal descubierto en este yacimiento está relacionado con un juego de pelota. Es de grandes dimensiones (10 × 3 m.) con dos grandes bancos y con capacidad para unas 30 personas, y se halla rehundido bajo el nivel del suelo. «Es probable que sus funciones hayan estado estrechamente relacionadas con la ceremonia del juego, tal vez en sitios de purificación. Si tal fue el caso, su gran tamaño —que probablemente daba cabida a mayor número de personas de las que participaban directamente en el juego mismo— sugiere que éste tenía una función religioso-social que era compartida

por un sector relativamente grande de la comunidad» (Agrinier, 1966: 31).

4. *Uaxactún*.—En opinión de Ichon (1977: 203) «había, al menos, un baño de vapor en el centro ceremonial de Uaxactún (Shook, comunicación personal)».

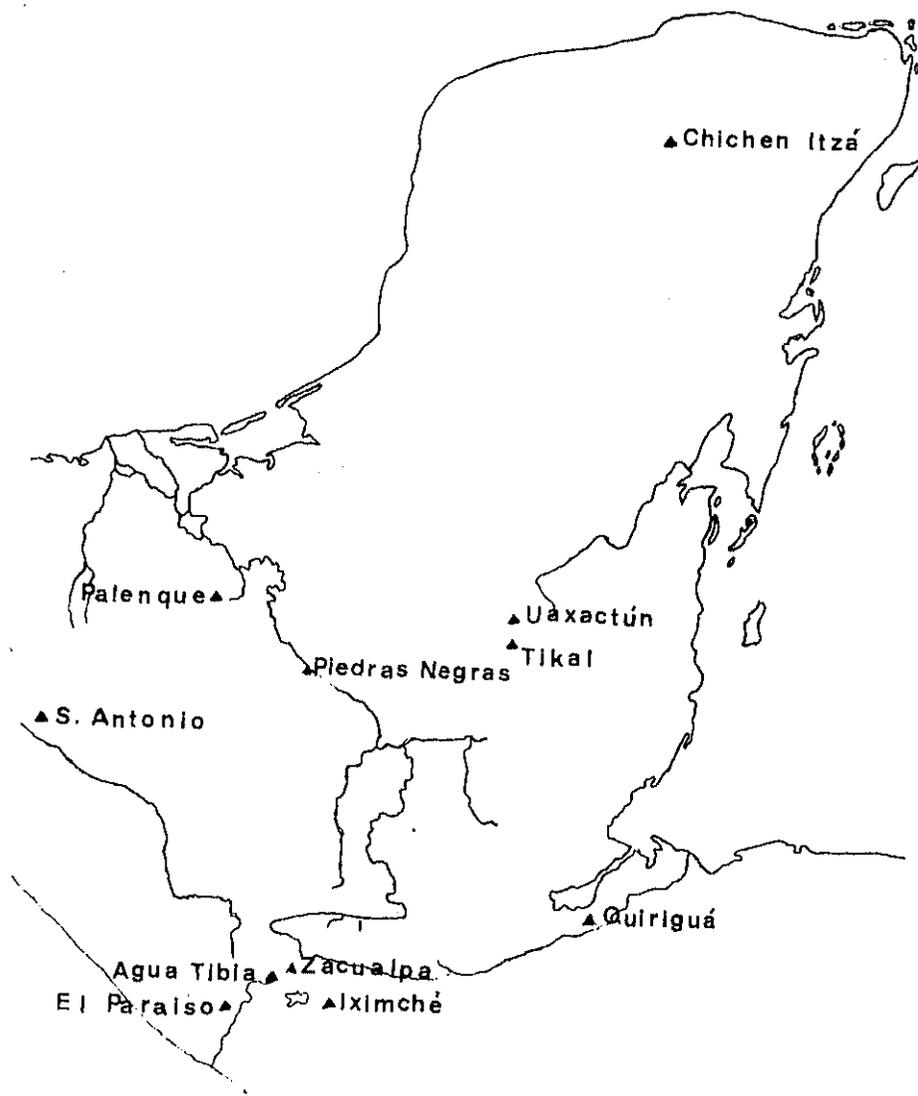


FIGURA 8.—Localización de los «temazcales» arqueológicos conocidos.

5. *Tikal*.—Se ha mencionado la posibilidad de que los conocidos «chultunes» hubiesen podido servir como verdaderos baños de vapor, pero en Tikal se distinguen claramente de los verdaderos *temazcales* (Puleston, 1965: 24 y 29), aunque ninguno ha sido encontrado entre las 117 unidades residenciales excavadas por Haviland (1965). No obstante, sabemos que Christopher Jones excavó una estructura que se supone puede ser un baño de vapor, situada al este de la enorme plataforma 5-E-23-28 y que consiste en una pequeña habitación de 2 × 2 metros con corredor de entrada, pero de la que aún no tenemos un informe detallado (Ichon, 1977: 203).

6. *Quiriguá*.—En la ciudad de Quiriguá se han encontrado dos construcciones en el interior de las estructuras 2 y 3, que han sido interpretadas como baños de vapor (Morley, 1936: 153-155 y 160). En ambos casos se trata de bancos de pequeñas dimensiones, en cuyo interior se abren pequeños recintos, donde se debieron depositar piedras calientes, las que rociadas con agua producirían el deseado vapor de agua.

7. *Chichén Itzá*.—Las estructuras 3-E-3 y 3-C-15 han sido interpretadas como temazcales. La primera se encuentra en la terraza principal al este del Patio de las Mil Columnas (Ruppert, 1935: 270, y 1952: 82-83, figs. 50, 51 137-b y d y 138-a y b) (fig. 9: 2). La estructura 3-C-15 se localiza en el Caracol anexo Sur (Ruppert, 1935 y 1952: 56, fig. 127).

8. *Iximché*.—Según Ichon, «J. Guillemín piensa que, al menos una estructura de Iximché es un temazcal, pero no ha sido excavada» (Ichon, 1977: 204).

9. *Zacualpa*.—Robert Wauchope afirma que «el montículo III de Zacualpa (Departamento del Quiché), Guatemala, contenía una tumba reusada y realzada originalmente construida como una parte semisubterránea de una plataforma de casa. Ya que sus dimensiones y construcción del muro era similar a los baños usados hoy por los indios en el valle en el cual se localiza este montículo y ya que había un hornillo relleno de carbón en el suelo original de la tumba, parece probable que fuera originalmente un baño de vapor» (Wauchope, 1938: 137).

10. *Los Cimientos-Chustum*.—En este yacimiento excavado por la Misión Científica Francesa en Guatemala, se ha encontrado un temazcal en la estructura B-12 situada en la zona III (lado suroeste), que siendo de planta rectangular muy alargada (fig. 9: 3), contiene un depósito de agua, dos bancos laterales y un hornillo al fondo de la construcción (Ichon, 1977: 204-205).

11. *Finca El Paraíso*.—En esta finca, propiedad de la familia Robles, se ha descubierto un gran temazcal de carácter comunal que

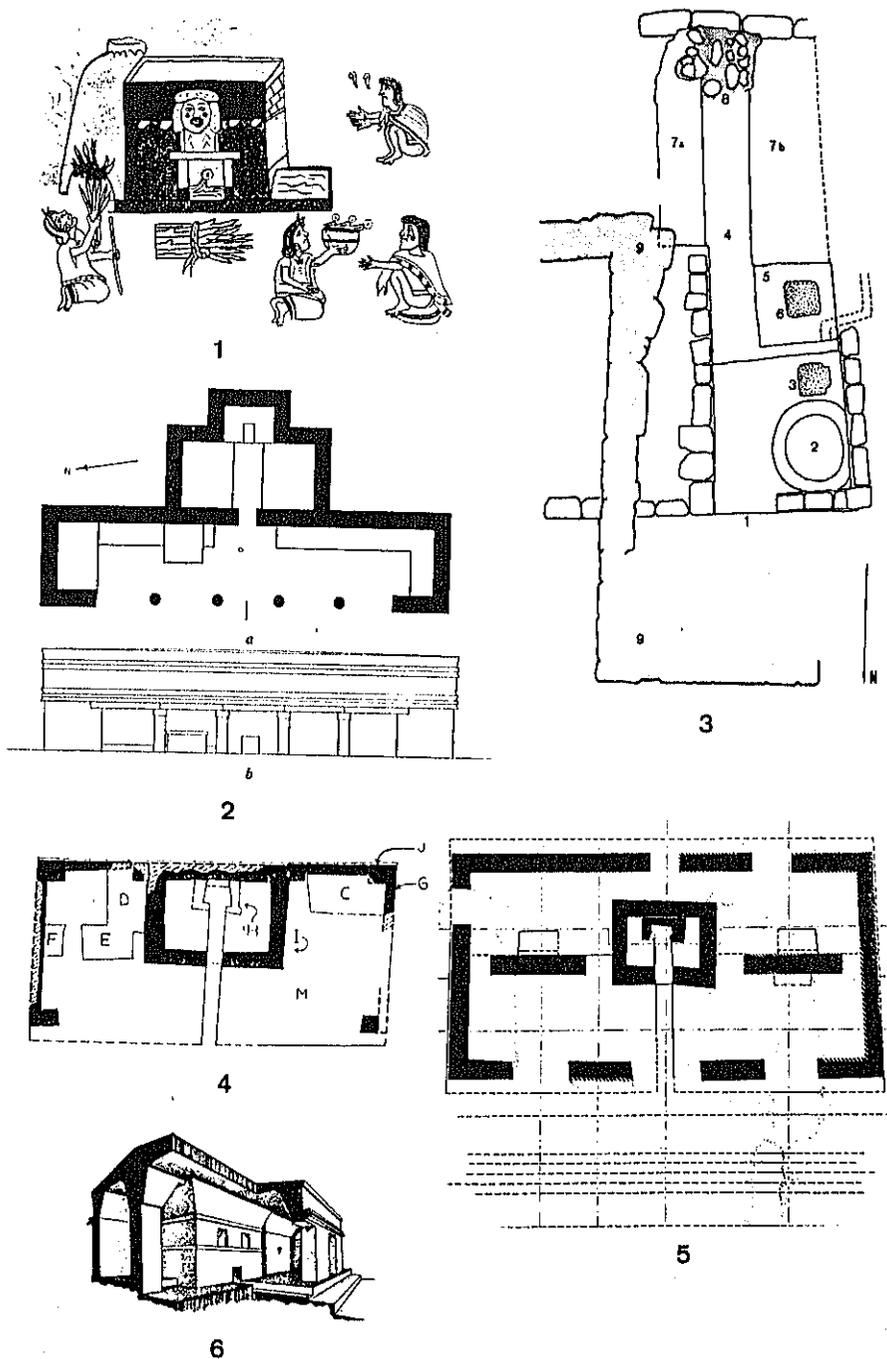


FIGURA 9.—Temazcales antiguos: (1) *Codex Magliabecchianus* (Nuttall, 1903: 65); (2) Chichén Itzá: estructura 3E3 (Ruppert, 1952: fig. 50); (3) Los Cimientos-Chustum (Ichon, 1977); (4) Piedras Negras: estructura N/1 (Satterthwaite, 1952: figura 10); (5) *Idem*: estructura P/7 (Satterthwaite, 1952, fig. 47); (6) *Idem*: *idem*: reconstrucción.

«consistía en una estructura circular subterránea hecha de piedras talladas ásperas. Un largo pasaje cubierto por lajas de piedra conducía a lo que ha debido ser una cámara en forma de colmena. Tres bancos concéntricos rodeaban un profundo hogar circular central conteniendo fragmentos de manos y metates con signos de haber estado expuestos a intenso fuego (Borhegyi, 1965: 32; Kidder-Shook, 1959).

Como ya hemos dicho más arriba, en la actualidad el baño de vapor no se utiliza en general en las Tierras Bajas de clima cálido, mientras que es muy común, o se utiliza en mayor o menor medida en las tierras templadas y frías del altiplano guatemalteco y chiapaneco.

Aunque el término *temazcal* es universal, en esta región se utilizan nombres específicos como son: *Chuj*, en Mam; *chu*, en Kanhobalán; *tuj*, en Quiché, y *pus*, en Tzeltal.

El uso del baño de vapor es bastante común entre los indios Tzeltal y Tzotzil de Chiapas (Villa Rojas, 1969: 207), pero especialmente en Tenango, Sivacá y el Valle de Ococingo (Blom y La Farge, 1926-1927: II, 342, cit. por Wauchope, 1938: 136).

El uso del *chuj* o *chu* se extiende por los Altos Cuchumatanes (Wagley, 1969: 54), de donde tenemos datos concretos sobre Santa Eulalia (La Farge, 1947: 31, cit. por Wagley, 1969: 54) y San Miguel (La Farge-Byers, 1931: 48, fig. 15, cit. por Cresson, 1938: 101) y en Santiago Chimaltenango (Wagley, 1957: 127-130) y entre los Tojolabal (Montagu, 1969: 227), Chontal, Chol y Kekchí (Villa Rojas, 1969-b: 238). Pequeñas casitas de planta circular «poco diferentes de los baños provisionales de los navajos» (Virkki, 1962: 74) son usadas por los mames del departamento de Huehuetenango.

En el pueblo Pokonchí de Tactic sabemos por Stoll (1886: 162-163, figura 3, cit. por Cresson, 1938: 101) que había temazcales cupuliformes y de planta rectangular. «Aquí también las estructuras pueden tener un techo-alero separado sostenido por postes de madera.» En otros pueblos de Alta Verapaz, como San Cristóbal y San Marcos, «se hallan tujes parcialmente enterrados en la tierra» (Virkki, 1962: 75, figura 2). En la región Quiché y en la Baja Verapaz, el uso del *tuj* o temazcal ha perdido terreno (Virkki, 1962: 75), cuando no es prácticamente desconocido como en San Andrés Sajcabajá y Canilla. «Se le encuentra en los bordes de los municipios de Cabulco en el lado este de la región de Sacapulas, en el oeste y también se encuentra entre indígenas que han emigrado de otra región, como la de Pueblo Viejo-Chichaj, que llegaron hace menos de un siglo de Santa María Chiquimula» (Ichon, 1977: 206-207 y figs. 5 y 6).

Ya en la región motivo de estudio por parte de la Misión Científica Española en Guatemala, descubrimos el uso del *tuj* en San Cristóbal Totonicapán (Virkki, 1962: 76 y 78) y especialmente en varios cantones de San Miguel Totonicapán, como son: el cantón Vázquez, el cantón

Xantún y en el mismo pueblo de San Miguel (fig. 11). También se encuentran con cierta frecuencia entre los indígenas de la región de Nahuatlá y Santa Lucía Uatlán (Virkki, 1962: 76).

En la región del lago Atitlán, el uso del temazcal ha podido sobrevivir en muchos casos (Cresson, 1948: 101, y Tax-Hinshaw, 1969: 81 y fig. 10); así, los hallamos en Santiago Atitlán, donde suele haber un temazcal por unidad habitacional, incluyendo varias casas dentro de un recinto (Wauchope, 1938: 136, lám. 37-b, y Tax-Hinshaw, 1969, figura 10) y también entre los Cakchiqueles del pueblo de Panajachel (Lothrop, 1928: 388, 390 y fig. 97, cit. por Cresson, 1938: 101 y Virkki, 1962: 78 y fig. 4).

TIPOLOGÍA

Sin pretender hacer de nuevo un análisis tan minucioso como el de Satterthwaite (1952), es necesario que abordemos el tema de la tipología formal de los temazcales en el área mesoamericana, para lo que se requiere, quizá previamente, que hagamos una sucinta descripción de las partes a tener en cuenta a la hora de establecer tal tipología.

El elemento central desde el punto de vista arquitectónico es la llamada *sala de vapor* o *cámara central* (Satterthwaite, 1952: 20), cuya forma, tamaño y elementos contenidos son, evidentemente, variados, pero cuya función consiste en permitir la estancia de un número variable de personas que se benefician de la concentración de vapor de agua, y del uso de plantas con fines igualmente variados, durante un cierto tiempo.

Un elemento igualmente importante es el *hornillo*, o lugar donde se produce el fuego a partir del cual se obtendrá el vapor de agua. Este hornillo, muchas veces es una construcción anexa a la sala de vapor, pero otras ha quedado incluida en su interior —tal es el caso de muchos temazcales arqueológicos (Satterthwaite, 1952: fig. 10)— e incluso en ocasiones es una zona en el interior del temazcal que se dedica a servir de hogar, sin que haya separación alguna del resto de la sala de vapor, tal como ocurre en el temazcal de Agua Tibia, punto de partida de este estudio.

Aunque no se trata de una pieza muy frecuente, ni en los temazcales arqueológicos, ni en los etnográficos, hay que mencionar una sala para desvestirse que sirve como de entrada al temazcal propiamente dicho. Tal es el caso del baño de la casa de Domingo García, en San Miguel Totonicapán.

Finalmente, hay varios elementos menores que son fundamentales para el funcionamiento del temazcal: puerta, ventilador y desagüe. La puerta es, ordinariamente, de tamaño muy pequeño, hasta el punto

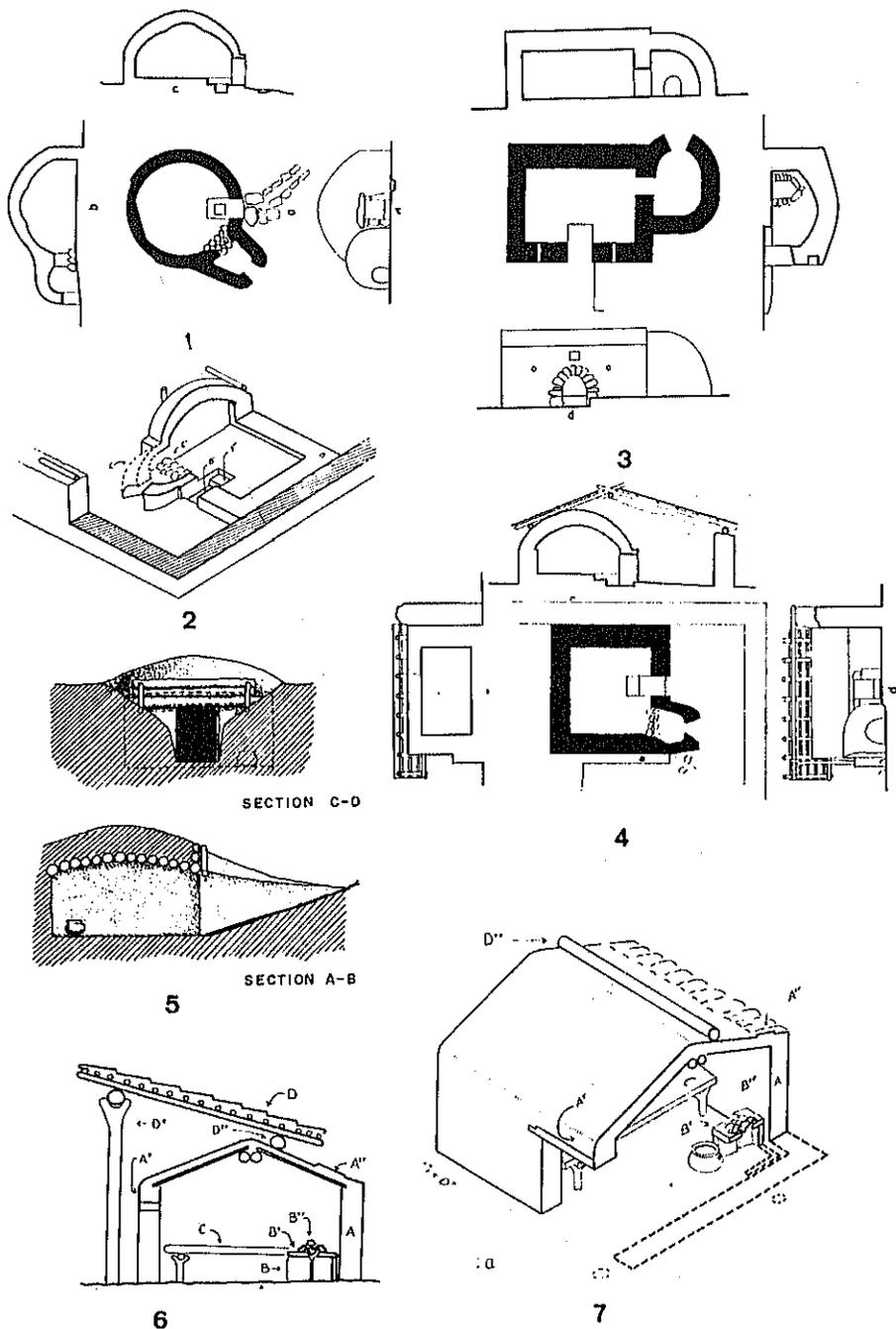


FIGURA 10.—*Temazcales* etnográficos: (1) *Milpa Alta* número 2 (Cresson, 1938, figura 4); (2) *Milpa Alta* número 1 (Satterthwaite, 1952, fig. 5); (3) *San Francisco Teotihuacán* (Cresson, 1938, fig. 2); (4) *Milpa Alta* número 1 (Cresson, 1938, figura 3); (5) *San Juan Atzingo (Otomíes)* (Manrique, 1969: 700); (6 y 7) *Aguacatán* (Satterthwaite, 1952: fig. 1).

de que para entrar en la sala de vapor se debe hacer arrastrándose de rodillas; el ventilador puede ser un vano más pequeño que la puerta, el que sirve para que la sala de vapor quede limpia de humo antes de que entren los bañistas; y el desagüe, que permite el que el interior de la sala quede seca, por más agua que se emplee, tanto para producir vapor como para echarla directamente sobre el cuerpo. En ocasiones, la ventilación de la sala se consigue simplemente mediante la corriente establecida entre la puerta y el resquicio que queda entre la techumbre y los muros.

Satterthwaite (1952) considera esenciales la sala de vapor y el sistema de producción de ese mismo vapor, incluido el ventilador, siendo secundario el sistema de drenaje del agua.

Si tenemos en cuenta la forma general del temazcal, o sea la de la sala de vapor, podemos destacar las siguientes características: la planta puede ser rectangular, cuadrada o circular; su construcción puede estar sobre el terreno o ser semisubterránea o subterránea; el techo puede ser a dos aguas, plano o cupuliforme; el tamaño del temazcal varía, desde los que sólo sirven para una o dos personas hasta aquellos que permiten la entrada hasta 20 ó 30 personas; aunque, generalmente, son muy bajos, algunos permiten estar erguidos. Con un número de variables tan elevado, sería prácticamente inútil intentar establecer una tipología formal cerrada. Mencionaremos a continuación los tipos más frecuentes, aunque no sea de una manera sistemática.

El tipo más común, en cualquier región de Mesoamérica, tanto en tiempos prehispánicos como en época moderna, es aquel cuya sala de vapor tiene planta cuadrada o rectangular. Para los totonacos esta última forma es la del Universo, «forma sagrada por excelencia; forma de la casa, del temazcal...» (Ichon, 1973: 43). De esa forma, por ejemplo, son los temazcales de los tzeltales de la región de Chiapas (Cresson, 1938: 101), de muy pequeñas dimensiones (un metro o metro y medio de lado) y generalmente bajos. La techumbre puede ser a dos aguas o en forma abovedada. Los ejemplos son muchos: Teotihuacán (Arreola, 1920); Tepoztlán (Redfield, 1930); Mitla (Parsons, 1936); Panajachel (Virkki, 1962: 77, fig. 4); Pueblo Viejo-Chichaj (Ichon, 1977: 208, fig. 5) y tantos otros.

Algunos de esos temazcales tienen el hogar u hornillo en la misma sala de vapor, pero generalmente la situación de ese hornillo es exterior a la sala, de tal manera que, en muchos casos, el hornillo tiene apariencia cupuliforme, como en Teotihuacán (Cresson, 1938, fig. 2, lámina 2-B, y Satterthwaite, 1952, fig. 3), o en Milpa Alta (Cresson, 1938, figura 3; Satterthwaite, 1952, fig. 5), mientras que otras veces la techumbre de estas casitas es a una o dos aguas, como en Tepoztlán (Redfield, 1930). Los ejemplos en que el horno se encuentra en el interior de la sala de vapor, como en San Miguel Acatán (Cresson, 1938:

101) es semejante al caso de los temazcales arqueológicos de Piedras Negras (Satterthwaite, 1952), Chichén Itzá (Ruppert, 1952: 56 y fig. 127) o Quiriguá (Morley, 1936).

Algunos temazcales de planta cuadrada o casi cuadrada pueden tener techo cupuliforme. Este es el caso del temazcal de la señora Batz, o el de Domingo García, en San Miguel Totonicapán, o el de Tantima (México) (Starr, 1908: 283).

Finalmente, algunos de estos temazcales de planta cuadrada o rectangular tienen la techumbre plana. Debemos citar entre éstos el caso del temazcal de Vicente Rosales en el cantón Xantún, en San Miguel Totonicapán, o los del pueblo mixteca de Cuquila (Cresson, 1938: 100). Entre los temazcales de planta cuadrada, hornillo exterior cupuliforme y techumbre plana, hay que citar el que se reproduce en el Códice Magliabecchiano (Nuttall, 1903: 65, cit. por Cresson, 1938, lám. 3-B).

Muchos de los temazcales mencionados se sitúan debajo de un techo a una o dos aguas, apoyado en soportes de madera, que sirven para salvaguardar la techumbre, muchas veces endeble, de barro y madera, de los mismos temazcales y también a los bañistas en el momento de entrar y salir del baño. Uno de los más típicos de estos aleros o techos cubriendo al temazcal, es el de la casa de Milpa Alta, citado por Cresson (1938, fig. 3), o el de Tactic (Stoll, 1886: 162-163, fig. 3); el temazcal de Domingo García en San Miguel Totonicapán, cuya techumbre es prolongación de la que sirve para cubrir la habitación para desvestirse, o el temazcal de Aguacatán, citado por Satterthwaite (1952, figura 1-c). Este tipo de cubierta del temazcal viene a equivaler a la gran sala donde se sitúa, por ejemplo, el temazcal N/1 de Piedras Negras (Satterthwaite, 1952, fig. 10). Ese mismo tipo de cubierta lo hallamos en el temazcal del señor Rosales, en el Cantón Xantún, de San Miguel Totonicapán y en el de San Marcos, de Alta Verapaz, citado por Virkki (1962: 75, fig. 2).

Aunque no son tan frecuentes como los de planta rectangular o cuadrada, no dejan de aparecer con una amplia distribución los temazcales de planta circular y techumbre cupuliforme. Entre los casos que hemos recogido hay que mencionar los de Tecospa (Madsen, 1960 y 1969: 619); Puebla (Krickeberg, 1961: 31, fig. 5), Milpa Alta (Cresson, 1938, fig. 4), así como los de Tlaxcala (Starr, 1902: 6, cit. por Cresson, 1938: 100), los utilizados por los mames de Huehuetenango (Virkki, 1962: 74) o el que describe Clavigero (1817: I, 429-430, lám. 30, cit. por Cresson, 1938: 98-99).

En una misma proporción a los anteriores, hay que mencionar los semisubterráneos y los enteramente construidos bajo el suelo. Entre los primeros hay que mencionar los de Tactic, San Cristóbal y San Marcos (Alta Verapaz), en los que «las paredes y el techo son construidos en madera hendida y calafateados en barro. La puerta es muy

pequeña y generalmente se hace el techo con pajón o teja de barro para protegerlo de la lluvia» (Virkki, 1962: 75) y los baños utilizados por los jacaltecas en los Altos Cuchumatanes (La Farge-Byers, 1931: 41, cit. por Wauchope, 1938: 136). Entre los temazcales plenamente subterráneos hay que citar los de Santa María Ixcatlan (Hoppe-Weitlaner, 1969-a: 504, fig. 6); San Juan Atzingo (Manrique, 1969: 700) y San Diego, en la región totonaca estudiada por Ichon (1973: 296, lámina XV-1). La estructura es casi siempre de madera y el fogón u hornillo se sitúa en el interior, frente o junto a la puerta.

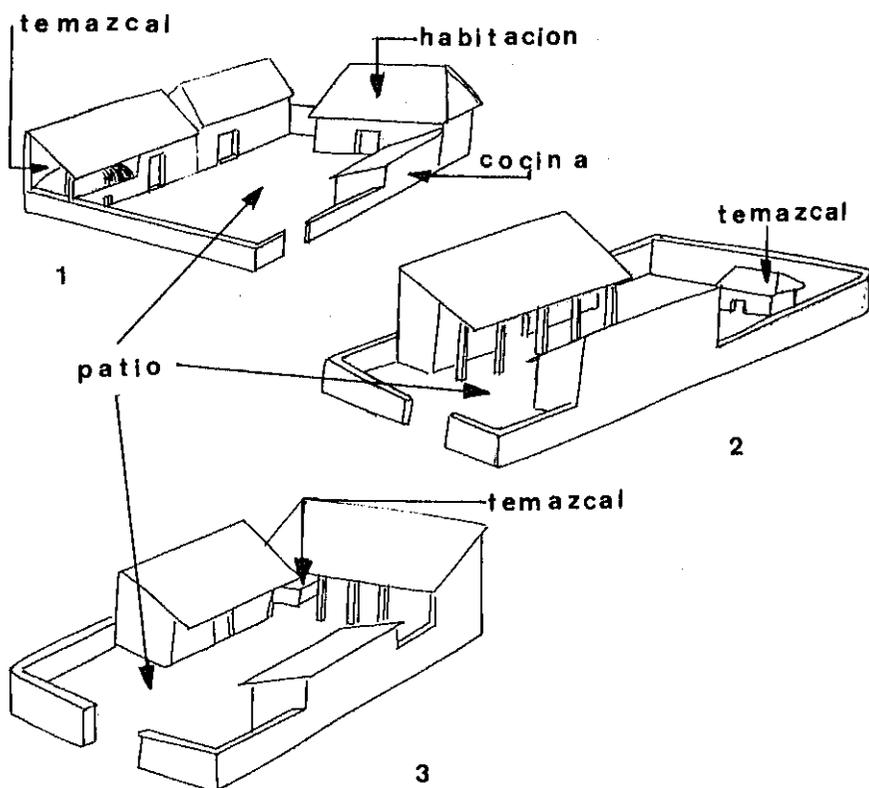


FIGURA 11.—*Temazcales etnográficos de Totoncapán (perspectivas): (1) Casa de Domingo García; (2) Temazcal del Cantón Vázquez; (3) Casa del Sr. Roales.*

Tipos menos comunes que los ya mencionados son, por ejemplo, el temazcal de hojas de los totonacas, llamado así a causa de su cubierta de hojas de papatla. «El armazón de carrizo semicilíndrica es cubierta

con hojas o cobijas en el momento del baño», y aunque es típico de los totonacas también lo usan los otomíes (Ichon, 1973: 296-97, lámina XV-2). Entre los popoloca se menciona una especie de temazcal de patate que se levanta en el interior de la casa, con ocasión del baño para construir un espacio lo suficientemente pequeño y cerrado, como para que no se difunda el vapor de agua (Hoppe-Medina-Weitlaner, 1969: 497, fig. 9). Por último, Virkki (1962: 75-76) indica haber visto en San Antonio Palopó, en la región Cackchiquel y Tzutuhil, la ocupación de una cueva pequeña cavada en la pared de la roca volcánica para el baño.

El hornillo o fogón se encuentra o bien junto a la puerta, como en el caso de algunos temazcales de Nahualá y Santa Lucía Utatlán (Virkki, 1962: 76), o como el descubierto por nosotros en Agua Tibia; o bien enfrente de la puerta, cuando se trata de fogones en el interior de la sala de vapor, sin haber muro de separación alguno entre hornillo y sala. Cuando el hornillo es una pequeña cámara aislada del resto de la sala de vapor, como en los temazcales arqueológicos de Chichén Itzá y Piedras Negras, suele estar enfrente de la puerta de entrada. Así sucede no solamente en los mencionados sino también en otros de carácter arqueológico, como el de San Antonio, en Chiapas (Agrinier, 1966: 29-30), en el de Finca El Paraíso (Kidder-Shook, 1959: figs. 2 y 3) o en el de los Cimientos-Chustum (Ichon, 1977: 204-205).

Entre los temazcales que no tienen hornillo en cámara aislada, un respiradero o ventilador (*temazcalixtli* en nahuatl [Molina, 1944, 2.ª parte, f.º 97-v]) sirve al mismo tiempo para alimentar el fuego con más madera y para avivarlo mediante la corriente de aire que se establece. Este ventilador, en ocasiones, se halla a una cierta altura sobre el nivel del suelo, como en el caso del temazcal de Teotihuacán (Cresson, 1938, lámina 2-B) o el citado para la región de los indios Chocho, por Hoppe-Weitlaner (1969-b: 514, fig. 11).

El desagüe o drenaje de los temazcales es un detalle que no falta nunca en los ejemplos arqueológicos. En ocasiones se trata de un canal, generalmente de la misma anchura que la puerta del fogón, que sale hasta el exterior del baño de vapor como en el caso de Piedras Negras (Satterthwaite, 1952, fig. 10) o de Chichén Itzá (Ruppert, 1952: 56, fig. 127) o Finca El Paraíso (Kidder-Shook, 1959, figs. 2 y 3). En otras ocasiones se trata de un drenaje subterráneo del que únicamente se ve un orificio, como en el temazcal de Agua Tibia o en el de San Antonio, en Chiapas (Agrinier, 1966: 29-30) o excepcionalmente dos orificios, como en el temazcal de El Palacio de Palenque (Ruz, 1952: 56, figura 3 y lám. XIII).

Los sistemas de construcción de los muros del temazcal son enormemente variados. En muchos casos son de piedra con barro en mayor o menor proporción; otras veces los muros se han construido con adobes

o, como en el caso del baño de vapor de Agua Tibia, con piedra pómez y barro o, finalmente, con piedra de cantería finamente tallada, como en la mayor parte de los casos de temazcales arqueológicos, excepción hecha del de Agua Tibia. El interior de los muros puede presentar un enlucido más o menos fino, como en el caso del temazcal de la señora Batz en San Miguel Totonicapán, o en el arqueológico de Agua Tibia.

El pavimento del temazcal suele ser de tierra apisonada, en algún caso quemada o con el aditamento de piedrecillas. En algún caso se mencionan baños de vapor con el suelo enlosado o, como en el caso del temazcal de la señora Batz, de ladrillo.

Finalmente, la techumbre suele ser de piedra y barro, sobre armazón de madera, tanto cuando se trata de techumbre a dos aguas, como cuando se trata de techo plano.

Además de los elementos descritos, a los que podemos considerar como fundamentales, hay otra serie de ellos de carácter menos esencial, pero no por eso menos frecuentes. Entre ellos hay que mencionar en primer lugar el o los bancos donde reposar los bañistas. Entre los ejemplos arqueológicos, aparecen en prácticamente todos los temazcales conocidos. Así, en los dos ejemplares de Chichén Itzá (Ruppert, 1952: 56 y 82-83); en el baño de vapor de los Cimientos-Chustum (Ichon, 1977: 204-205). En esos casos, los bancos son dos y se hallan enfrentados, próximos siempre al hogar u hornillo. En el caso del temazcal de San Antonio en Chiapas, la longitud de los bancos es tal que se calcula que podrían entrar en el baño no menos de treinta personas (Agrinier, 1966: 29-30). El ejemplar de Finca El Paraíso presenta la particularidad de que los bancos o lo que hace sus veces tienen una disposición circular (Kidder-Shook, 1959, figs. 2 y 3). Entre los temazcales modernos encontramos numerosos ejemplos en los que los bancos de madera son de uso constante. Este es el caso de los baños estudiados por nosotros en la zona de San Miguel Totonicapán, como son los ya citados de la señora Batz, de Domingo García y de Vicente Rosales. En esos tres casos, así como en otros de Nahualá y Santa Lucía Utatlán, no falta nunca el tablón de madera que se apoya en uno o dos troncos y cuya función, como luego veremos, es la de servir para que los bañistas puedan recostarse mientras reciben el baño de vapor.

En cuanto al sistema para obtener el vapor de agua, esencial para el baño, es relativamente variable. En algún caso, el hornillo o fogón, situado en el exterior del baño, generalmente sirve para calentar una pared sobre la que se arroja agua que provoca el vapor (Harvey-Kelly, 1969: 659). Es más frecuente, sin embargo, el procedimiento que consiste en calentar piedras (también tuestos de cerámica) sobre las que se arrojará el agua que generará el vapor. De algunos temazcales ar-

queológicos sabemos que usaron piedras, sin duda con esa finalidad: tal es el caso del temazcal de la estructura 2 de Quiriguá (Morley, 1936: 153-155). Entre los baños de vapor etnográficos, hay algunos en que se calientan las piedras sobre mesas o lugares elevados. Tal es el caso del ejemplar de Aguacatán citado por Satterthwaite (1952, fig. 1), el de la región de los indios Chocho (Hoppe-Weitlaner, 1969-b: 514, figura 11) o en el de los ichcatecas (Hoppe-Weitlaner, 1969-a: 504). En otros casos, la situación de las piedras es variable o se hallan en el suelo, junto al hornillo o en el hornillo mismo (Cresson, 1938: 101 y figura 4; Satterthwaite, 1952, fig. 2; Wagley, 1969: 54, etc.).

En cuanto a las proporciones y capacidad de los baños de vapor ya hemos dicho que es muy variable: los hay individuales o para muy pocas personas y otros que permiten la entrada de hasta veinte o treinta personas, como es el caso del temezcal de San Antonio, en Chiapas. En la región medio-oeste de Guatemala, «los tamaños varían acomodando desde una a seis personas. Familias con niños pequeños se bañan juntas ordinariamente; cuando los niños crecen, los varones se bañan, usualmente, aparte de las mujeres» (Tax-Hinshaw, 1969: 81 y fig. 10).

Algunos autores como Borhegyi (1965: 9), Ricketson (1957: 59) y Puleston (1965: 29) han mencionado la posibilidad de que los «chultunes» hayan sido utilizados como baños de vapor, cosa que en nuestra opinión y como apunta Ichon (1977: 203) es muy improbable o absolutamente incierta.

En cuanto a la frecuencia y proporción del uso del temezcal entre los grupos indígenas actuales habría que generalizar, aunque con ciertas reservas, la afirmación de Ichon (1973: 295-296) en el sentido de que «el número de temazcales es uno de los factores que pueden servir para la definición del grado de conservatismo de un poblado». No obstante, su proporción es variable.

No cabe duda de que en la actualidad el temazcal no es el baño exclusivo de una familia sino que, cuando existe, éste sirve para las necesidades de varias familias vecinas, como en el caso de los indios tzeltal (Villa Rojas, 1969: 207) o de los mixtecos (Ravicz, 1965: 110-111).

La tabla siguiente (cuadro 2), que tomamos de Ichon (1973: 295), sobre la región de los totonacas puede servir de ilustración acerca de lo variable que es la proporción en que aparece el temazcal en pueblos relativamente próximos en una misma zona.

La proporción, sin embargo, en dos de los pueblos con mayor número de temazcales varía de 1:3 a 1:5. «En Tepoztlán, por ejemplo, alrededor de cuatro residencias tienen un baño de vapor» (Redfield, 1930: 34, cit. por Cresson, 1938: 99), lo que concuerda bastante bien con los datos de la región Totonaca. Finalmente, en relación con el pueblo de indios del siglo XVI, de Coapa, en Chiapas, Lee (1979: 220) nos dice que sobre un total de 336 casas había 83 baños de vapor, con lo

que la proporción es la de 1:4, igual a la antes mencionada, por lo que podríamos generalizar que, muy probablemente, en tiempos de la colonia y en la actualidad, la proporción es de un baño de vapor o temazcal por cada cuatro viviendas.

CUADRO 2

<i>Poblado</i>	<i>Número de temazcales</i>	<i>% de casas que tienen temazcal</i>
San Pedro Petlacotla	107	35
Pápalo	42	20
Pantepec	60	16
Jalpan	10	9
Mecapalapa	21	4

Salvo algunos casos en que el temazcal se ha instalado en el interior de la vivienda, como es el de los Popoloca (Hoppe-Medina-Weitlaner, 1969: 497, fig. 9), o en algunos casos de San Cristóbal Totonicapán (Virkki, 1962: 76), en la mayor parte de los demás casos, el baño de vapor se halla a una cierta distancia de los muros de la casa. Este es el caso del temazcal de Agua Tibia, que se encuentra a cinco metros y medio más al norte de la vivienda.

En los tres temazcales estudiados por nosotros en San Miguel Totonicapán, Cantón Vázquez y Cantón Xantún, observamos que todos ellos se sitúan en el interior de recintos habitacionales en los que, además de la cocina, se cuenta con una o dos habitaciones y en ocasiones con un porche en el que se instala la leña, etc. En el caso del temazcal del Cantón Vázquez, observamos que éste se halla aislado, mientras que en los otros dos casos está bajo un porche o cubierta que sirve de protección, como hemos dicho más arriba, al propio temazcal y a los bañistas, aunque esta protección para los bañistas se ha completado en el caso del temazcal de Domingo García, con lo que podemos llamar un vestidor que cubre tanta superficie o más que el propio temazcal.

FUNCIÓN DEL TEMAZCAL

Una de las mejores descripciones del temazcal, pese a que corresponde a una época antigua y a que se ha hecho como una pictografía, es la del código Magliabecchi (Nuttall, 1903: 65). La forma del baño de vapor que se reproduce es semejante a la de los temazcales actua-

les: la puerta de acceso es pequeña y baja, con dintel, y lleva a ambos lados sendos orificios que deben servir como ventiladores; el signo del agua se representa en el interior de la puerta; la techumbre, finalmente, es plana. El horno o fogón se halla del lado izquierdo de la imagen del temazcal: hay una pequeña puerta por la que una persona —quizá una anciana— introduce ramas de leña para incrementar el fuego. De la superficie exterior del horno y de una parte del temazcal se escapa lo que sin duda es vapor de agua. Sobre la puerta del temazcal se observa la imagen de una divinidad, lo que, según veremos más adelante, confirma el carácter religioso o el valor ritual que tiene el temazcal. Para reforzar esta idea se observa arriba, a la derecha de la imagen, un hombre que ofrece plegarias para propiciar el éxito del baño. Finalmente, en la parte inferior derecha se representa una escena en la que participan un hombre y una mujer. Al hombre, que parece ser el paciente, le ofrece la mujer una bebida, seguramente medicinal.

El baño de vapor se practica hacia las cuatro de la tarde y a veces antes, ya que después del baño los indios temen resfriarse, sobre todo cuando no estimulan el cuerpo con agua fría. «Es usual que vayan directamente a acostarse, enrollados en sus ponchos. Así, el cuerpo sudado se seca paulatinamente» (Virkki, 1962: 78).

La descripción que hace fray Diego Durán del funcionamiento del temazcal en tiempos antiguos es muy preciso y se podría aplicar, como veremos luego, a los actuales. «Estos baños se recalientan con fuego, los cuales son unas casillas muy bajas; cuanto caben dentro hasta diez personas echadas, porque en pie no pueden estar y apenas sentados, tienen la entrada muy baja y estrecha, que si no es uno a uno y a gatas no pueden entrar; tienen atrás un hornillo por donde se calienta y es tanto el calor que recibe que casi no se puede sufrir. Los cuales son como baños secos porque sudan allí los hombres con sólo el calor del baño y con el vaho, más que con ningún otro ejercicio ni medicina para sudar, de lo cual usan los indios muy ordinario así sanos como enfermos los cuales después de haber allí muy bien sudado se lavan con agua fría fuera del baño por contemplación de que aquel fuego del baño no se les quede en los huesos lo cual espanta a los que lo ven que un cuerpo abierto de haber sudado una hora que se salgan del baño y se laven y se echen encima diez y doce cántaros de agua sin temor de ningún detrimento cierto que parece brutalidad, pero entiendo que no es sino que en aquello que el cuerpo se habitúa y en lo que se cría aquello le es como natural lo cual si un español lo hiciera se pasmara o se tullera que no fuera más provecho» (Durán, 1880: 213, citado por Virkki, 1962: 79).

Cuando el temazcal tiene un hornillo exterior al mismo, es allí donde se coloca la madera para hacer el fuego el cual sirve «para calentar

la mampara de tezontle y los muros interiores del temazcal» (Gamio, 1922, II: 241), así como las piedras especiales que se utilizan con ese fin; en el caso de los temazcales que no tienen horno separado, el fuego se hace en el interior de la sala de vapor y los bañistas tienen que esperar, una vez que se apagó el fuego, a que el humo desaparezca por los ventiladores, la puerta e incluso las rendijas entre la techumbre y los muros. Entonces «las personas entran en el interior llevando consigo una jarra de agua calentada en los rescoldos del horno y largas ramas verdes. La entrada se cierra con una esterilla, y los agujeros circulares, con tapones de plantas. El bañista, en posición agachada, sacude las ramas verdes en el interior del temazcal; las ramas, llamadas *hojeadores*, son previamente humedecidas y tocando los muros calientes producen vapor y gotas de agua caliente. Si la temperatura baja, de vez en cuando se vierte un poco de agua en la mampara de tezontle, donde el calor ha sido conservado, lo que inmediatamente se transforma en vapor» (Gamio, 1922, II: 241); éste es, al menos, el procedimiento que se seguía en la región de Teotihuacán. En ocasiones, las piedras se sitúan entre la sala de vapor y el hogar o fogón, de manera que es sobre ellas sobre las que se arroja agua caliente para provocar el vapor (Madsen, 1969: 618-620).

Cuando no existe el hornillo y hay que hacer huego en el interior de la sala de vapor, como sería el caso del temazcal de Agua Tibia, se procede, en primer lugar, a tirar las brasas fuera, cubriendo entonces el suelo con hojas verdes y se arroja sobre las piedras calientes y los muros agua caliente que genera el vapor (Manrique, 1969: 702). Otras veces se utilizan tiestos con la misma finalidad (Florentine Codex, 1957: libro V, cap. 36, p. 195). Como el temazcal es, generalmente, muy pequeño, no se necesita más de una hora para calentarlo. Cuando el hornillo y el cántaro de agua están suficientemente calientes y se ha sacado el fuego del temazcal y éste se ha quedado libre del humo, se tapa la puerta con una estera o un lienzo. «Entonces, dos o cinco miembros de la familia —hombres, mujeres y niños— entran a bañarse. Se prefiere hacerlo en compañía. Un cántaro de agua fría ha sido colocado en el *tuj* o inmediatamente fuera de la puerta. Se hace una mezcla bien caliente, pero tolerable, en un tercer recipiente, la cual es usada por todos. Después de echar agua sobre las piedras calientes se acuestan o se sientan cinco o diez minutos. La transpiración empieza de inmediato, porque el aire del espacio pequeño se concentra de vapor muy pronto. En esta fase, el indígena usa un manojo de ramas para golpearse el cuerpo...» (Virkki, 1962: 77-78).

El uso de plantas diversas es un aspecto fundamental del baño. «Dentro del baño se azotaban el cuerpo con hojas de mazorca o con ramas de ciertos árboles» (Carrasco, 1946: 738). Virkki señala que «el manojo se hace en Guatemala con ramas de algunos árboles o arbustos

que —dice— no he podido identificar bien: de saúco, chilca y zacate blanco, por ejemplo» (Virkki, 1962: 78).

Nosotros hemos podido estudiar este aspecto con un cierto detalle en la región de San Miguel Totonicapán. Nuestros informantes afirmaron que, con fines de aseo personal, se usa ordinariamente el *romero* y el *xacicjaj*, que normalmente se recoge en los caminos y en los alrededores de los cantones, lo que implica una distancia máxima a recorrer para obtener dichas plantas de un kilómetro y medio desde el lugar de residencia.

Con fines terapéuticos se usan en la región de San Miguel Totonicapán una amplia variedad de plantas. El *camazaul* o «altamira» es una planta que se consigue junto a los caminos, por los cantones de los alrededores de San Miguel. La planta se utiliza para curar las enfermedades estomacales y para «bajar la regla». El *quevuj* es una planta que se consigue en la zona de Xolsamiguel o cuevas de San Miguel, lugar donde se «hace costumbre» y que se sitúa a unos cuatro kilómetros de Totonicapán. Esta planta se utiliza cuando a la recién parida no le baja la leche al pecho. Con la misma finalidad se utiliza la *cruzinjayes*, planta olorosa que se obtiene en la misma zona de Xolsamiguel. También se usa con fines medicinales la *salvia santa*, planta que se encuentra en los montes de los alrededores, a unos cuatro kilómetros del cantón Xantún.

Otras plantas que se utilizan en el *temazcal*, aunque su uso no se halla bien definido, son: el *zacate de menta*, que se consigue en los montes de los alrededores, quizá a cuatro o cinco kilómetros, y el *zialaejuaj*, que se consigue por encima de las cuevas de Xolsamiguel, a unos ocho o nueve kilómetros de San Miguel Totonicapán y, por tanto, a unas dos horas de camino.

Finalmente, hay una serie de plantas que sirven para todas las ocasiones. Entre éstas se halla la *hoja de sauce*, que se coloca generalmente encima del fuego y sobre los bancos de madera que se utilizan para tomar el baño, ya que viene a ser un aislante contra el fuego, ya sea del cuerpo o de la madera; el *chilco* es una planta que no tiene carácter oloroso y de la cual se coge una rama entera que se utiliza para dar aire al fuego, cuando el *temazcal* se enfría, con lo cual se reanima el calor y el vapor; también se utiliza la hoja de eucalipto para el baño. La mezcla de leña y hojas de chilco en una medida determinada que se llama *tercia*, es la más adecuada para el baño: si se echa más cantidad de lo adecuado es peligroso porque el vapor es tan intenso que uno «se desmaya y puede llegar a morir» debido, quizá, a una baja súbita de tensión.

Aunque no es muy frecuente, en ocasiones —tal es el caso de Cholula— «el baño era seguido usualmente por inmersión en agua fría,

una costumbre que frecuentemente acompaña al uso del baño de vapor entre las tribus del norte de México» (Cresson, 1938: 100).

La frecuencia en el uso del baño es variable. «En Nahualá y Santa Lucía Utatlán se bañan cada tres o cinco días. En la mayor parte de los pueblos cakchiqueles y tzutujiles una vez semanalmente o por lo menos una vez cada dos semanas. Los indígenas de Alta Verapaz no tienen intervalos regulares» (Virkki, 1962: 78).

El uso del baño de vapor es variado; en principio podemos considerar como finalidades principales las siguientes *a)* higiénica; *b)* terapéutica; *c)* postparto, y *d)* ceremonial o religiosa.

La *finalidad higiénica* es, quizá, una de las principales en la actualidad, en que, inevitablemente, la secularización o dessacralización es un proceso en marcha, más o menos avanzado según los lugares o las regiones. El baño entre los totonacas «se toma periódicamente para lavarse y relajarse en general una vez por semana; el sábado o la víspera de los días de fiesta» (Ichon, 1973: 298). En Milpa Alta, por ejemplo, «es costumbre para los habitantes tomar el baño el domingo» (Cresson, 1938: 99). Entre los indígenas de Guatemala, «para lavarse usan jabón barato. Se ayudan uno al otro a frotarse la espalda. Es interesante ver cómo se hace uso de una esponja vegetal hecha con *Luffa Acutangula*. El llamado *paxte*. En Finlandia —nos dice Virkki— usamos exactamente la misma. Allá se llama generalmente *vamppu*, del sueco *svamp*, esponja» (Virkki, 1962: 78).

El *uso terapéutico* del baño de vapor es tan importante como el higiénico. Sahagún (Lib. XI, cap. VII, párr. 6: 175; 1975: 688) decía que usaban «de los baños para muchas cosas y para que aproveche a los enfermos hase de calentar...; aprovecha primeramente a los convalecientes de algunas enfermedades» y especialmente reciben beneficios «los que tienen nervios encogidos». Clavigero también se refiere al uso del temazcal para el tratamiento de algunas enfermedades» (Clavigero, 1817: I, 429-30, cit. por Cresson, 1938: 98-99).

Entre las enfermedades que se mencionan como propias para ser tratadas mediante el uso del temazcal hay que mencionar las fiebres tifoideas, la viruela, el reumatismo y las dolencias de la piel (Cresson, 1938: 99); el resfriado y la malaria (Virkki, 1962: 78) y, según hemos comprobado, en la zona de San Miguel Totonicapán, también es frecuente el uso del temazcal cuando a la joven madre «se le ha enfriado el pecho y tiene problemas para amamantar a su hijo». En ese caso se utilizarán las hierbas llamadas *chilca*, con las que golpeándose en el pecho conseguirá que la leche vuelva a bajar. Pese a lo dicho, algunos indígenas, como los cakchiqueles de Panajachel, en el lago Atitlán, piensan que no es bueno bañarse cuando se tiene tos o resfriado (Virkki, 1962: 78). En algunos casos el tratamiento médico es «la ingestión

de tisanas y con las mismas el enfermo es rociado» en el mismo baño (Ichon, 1973: 298).

En general, el tratamiento médico está relacionado de modo más o menos indirecto con el uso ceremonial del temazcal. La diosa *Temazcal-teci* «era al mismo tiempo la patrona de los médicos, adivinos y hechiceros, actividades todas muy relacionadas y que eran patrimonio de un solo gremio de *ticitl* o curanderos... Cuando un enfermo entraba en el baño allí estaba, en su creencia, la *Médica de la Noche* que *ve las cosas secretas y adereza las cosas desconcertadas en los cuerpos de los hombres y fortifica las cosas tiernas y blandas*» (Carrasco, 1946: 740), lo cual concuerda con la opinión sostenida por algunos de nuestros informantes en el sentido de que el baño de vapor fortalece a quienes lo utilizan. En tiempos antiguos, «los médicos intervenían en la ceremonia de encender el baño, la cual se debía acompañar de conjuros para que el baño aprovechase a los que lo tomaban y de ofrendar copal a la diosa. Después, el médico o médica, pues debía de ser de sexo opuesto al del paciente, entraba con éste al baño y allí dentro realizaban sus ceremonias, soplando las carnes del enfermo para ahuyentarle la enfermedad o usando algún otro procedimiento por el estilo» (Carrasco, 1946: 740).

Tales rituales en relación con prácticas terapéuticas, han dado siempre un cierto aspecto religioso al procedimiento general (Gamio, 1922: II, 242, cit. por Cresson, 1938: 99), pero, progresivamente, tales prácticas rituales o religiosas se han ido eliminando, secularizándose más y más el uso del temazcal (Redfield, 1930: 169, cit. por Cresson, 1938: 99).

Quizá uno de los fines primordiales del temazcal, tanto en el pasado como en el presente, haya sido el de ser utilizado por la mujer embarazada, o por la recién parida. Ya Sahagún decía que: «aprovechan también a las preñadas que están cerca del parto, porque allí las parteras las hacen ciertos beneficios para que mejor paran» (Sahagún, 1975: 688 [Lib. XI, cap. VII, párr. 6: 175]). «Se pensaba que la *Médica de la Noche* arreciaba y esforzaba los cuerpos de los niños. Este baño no lo debían tomar muy caliente, pues de hacerlo así corrían peligro de que se tostase la criatura o se pegase al vientre de la madre causando después un parto difícil» (Carrasco, 1946: 740).

En tiempos antiguos ha debido ser relativamente frecuente utilizar el temazcal como sala de partos. El texto que reproducimos íntegramente a continuación es indicativo del valor que se concedía al temazcal en relación con el parto mismo:

«17. Muy amada señora y madre nuestra espiritual, haced señora vuestro oficio, responde a la señora y diosa nuestra que se llama Quilaztli y comenzad a bañar a esta muchacha; metedla en el baño, que es la flor esta de nuestro señor, que le llamamos *temazcalli*, a donde está

y donde cura y ayuda a la abuela que es diosa del *temazcalli* que se llama Yoaltícitl».

«18. Oído esto, la partera luego, ella misma, comienza a encender fuego para calentar el baño y luego metía en el baño a la moza preñada y le palpaba con las manos el vientre, para enderezar la criatura si por ventura estaba mal puesta y volvíala de una parte a otra; y si por ventura la partera se hallaba mal dispuesta, o era muy vieja, otra por ella encendía el fuego» (Sahagún, 1975: 376-377 [Lib. VI, cap. XXVII: 17 y 18]).

Aunque en la actualidad la vieja práctica del parto en el temazcal se ha perdido generalmente, todavía hay algún lugar en el que esa costumbre pervive. Virkki (1962: 79) indica que «cuando los dolores de la mujer indígena comienzan, se busca a la comadrona, quien pronto empieza a arreglar el baño. Esta tiene que bañar asimismo a la madre después del parto».

Sin embargo, el uso más frecuente del baño de vapor es, en relación al período inmediatamente posterior al parto. Una comadrona quiché decía a Schultze-Jena (1933, cit. por Virkki, 1962: 79): «Diez días guardo a la madre, preparo el baño, que le vaya bien a ella y no venga la enfermedad para que la gente no se burle, sino que todo el mundo vea que hago bien a la madre y al niño.»

Entre los totonacas no se recuerda el caso del parto en el temazcal. Actualmente «la parturienta debe tomar cuatro baños con intervalos de tres días. Se llama a eso *los cuatro temazcales*. Los días favorables son el lunes, el miércoles y el viernes. Al quinto baño se hace una ofrenda al temazcal. La serie de baños se prolonga, frecuentemente, durante un mes...». El baño de la recién parida consiste en la aspersion con «la cocción de las *nueve yerbas del temazcal*. Para fustigar al niño se utilizan otras yerbas: *piezclillo*, *huesillo*, *watiwas*», etc. (Ichon, 1973: 298).

El tiempo transcurrido entre el parto y el primer baño es variable. Entre los Popoloca, el baño se hace al cuarto día después del parto (Hoppe-Medina-Weitlaner, 1969: 496); en Tepoztlan, todas las mujeres y muchachas de la casa se bañan con la joven madre una semana después del parto (Redfield, 1930: 137, cit. por Cresson, 1938: 99); sin embargo, entre los Ichcatecos se lleva a la recién parida al temazcal solamente dos días después del parto: «antes de introducirla es bañada con hojas de laurel, *pericón* y *octavio*. Una vez en el baño de vapor se le golpea con un manojo de roble rojo o *zapote* y se le dan tres baños consecutivos; se le dan en total seis o siete baños» (Hoppe-Weitlaner, 1969a: 503-504).

En Santiago Chimaltenango, a continuación del parto, «tanto la madre como el niño son llevados al baño de vapor que ha sido preparado para ellos. Un pariente, generalmente el esposo o el hermano de

la parturienta, lleva un manajo de hojas que la partera arrolla alrededor de una piedra que calienta y coloca dentro de una bolsa; la partera penetra en el baño de vapor con la madre y el niño y da masaje en el abdomen de la mujer y baña al hijo, frotándolos completamente con una bolsa medicinal caliente. Así se calienta el niño y principia su sangre a circular y cesan los dolores de la madre. Después de permanecer en el baño de vapor alrededor de una hora, la madre se mete en la cama y la partera envuelve al niño con una frazada» (Wagley, 1957: 127).

En la región de San Miguel Totonicapán hemos podido comprobar que la mujer recién parida permanece inactiva casi quince días, siendo llevada al temazcal a ser posible cargada y muy bien tapada el tercero, sexto, noveno y duodécimo día después de «haberse compuesto». Cuando no hay un temazcal próximo se emplea, en su lugar, los baños de agua caliente. Al niño también se le baña recién nacido en agua caliente a la que se le añade una yerba medicinal llamada *ruda* que sirve para evitar el mal de ojo.

Por último, el uso ritual y el valor religioso al que incidentalmente hemos hecho referencia en las páginas anteriores es, sin lugar a dudas, uno de los fines más importantes a los que se destinaba antiguamente el temazcal. Es justamente por el hecho de que así lo vieron los primeros frailes que evangelizaron a los indios, por lo que trataron de erradicar su uso. No lo lograron de manera total: «en algunos lugares ya ha perdido la connotación religiosa que tenía y se usa nada más como remedio, pero en otros más apartados todavía se realizan en ellos ceremonias paganas» (Carrasco, 1946: 741). Utilizando datos etnohistóricos, arqueológicos y etnográficos, trataremos de acercarnos al verdadero significado ceremonial del temazcal en Mesoamérica. Lo que sí podemos afirmar desde el principio es que «la función religiosa del temazcal rebasa... el dominio de los simples ritos de tránsito».

Este valor del baño de vapor queda confirmado por el hecho de que la mayor parte de los que conocemos del período precolombino «están contruidos de mampostería similar a la de los palacios y los templos y su gran tamaño en relación con los ejemplos modernos mexicanos indican que eran construcciones de alguna importancia» (Cresson, 1938: 100). Por otra parte, tanto los de Piedras Negras como los de otros lugares están muy cerca de lo que podemos considerar como núcleo ceremonial de las ruinas y en algún caso, como es el de San Antonio, en Chiapas, el temazcal «forma parte del complejo estructural de la cancha del Juego de Pelota. Es probable que sus funciones hayan estado estrechamente relacionadas con la ceremonia del juego tal vez en ritos de purificación» (Agrinier, 1966: 31).

El sentido específicamente religioso de los temazcales, aun en la actualidad, lo vemos en el hecho de que en algún caso se vea «una ima-

gen de la Virgen en lugar de la gran diosa de la tierra y del parto *Teteo Innan* que ocupaba este sitio en tiempos paganos» (Krickeberg, 1961: 31). Como tal imagen protectora la vemos en el temazcal del Códice Magliabecchi (Nuttall, 1903: 65, cit. por Cresson, 1938, lám. 3-B). Pero no solamente se hallaba visible sobre el dintel de la puerta del temazcal, sino que «cuando se iba a construir un baño después de haber presentado ofrendas a la diosa tomaban un idolillo de piedra y lo enterraban en el mismo sitio donde iban a levantar el temazcal quedando allí debajo para protegerlo» (Carrasco, 1946: 739).

Además de la advocación antes citada, la diosa del temazcal era *Temazcalteci*, o la «Abuela de los baños», que era en realidad la diosa *Chicomecoatl*, diosa de las medicinas y de las yerbas medicinales, a las que adoraban los médicos y los que tienen en sus casas baños o temazcales (Sahagún, 1975: 33 [Lib. I, cap. VIII: 1, 4 y 5]). *Chicomecoatl* o *Quilaztli* también era conocida como *Youalticiltl* o «Médica de la Noche» (Sahagún, 1975: 376 [Lib. VI, cap. XXVII: 17]).

Tomando ahora como base los datos que nos proporciona Ichon sobre el uso del temazcal en la región totonaca (Ichon, 1973: 91, 151 y 330-32), nos aproximaremos a una interpretación del mismo mucho más atinada y rigurosa en cuanto a su valor religioso y ceremonial. El temazcal parece ser la representación del mundo y dominio del Dueño del Fuego. Entre los totonacas, la Diosa Madre era *Natsi'itni* (equivalente a *Temazcalteci*: abuela de los baños o *Youalticiltl*, médica de la noche) que podía ser también la divinidad del Agua. El Dueño del Fuego o Dueño del temazcal era *Taqsjoyut*.

La importancia del temazcal es tan grande que viene a representar la puerta de ingreso al «más allá». Krickeberg (1933: 102, cit. por Ichon, 1973: 297) señala que, según la leyenda, el primer soberano de Mizquihuacan, *Umeacatl*, no había muerto, sino desaparecido, en un temazcal. El temazcal era el sitio donde antiguamente se verificaba el parto y donde en algunos lugares, como en Santiago Chimaltenango, se encierra la placenta; es lugar de purificación, de nacimiento o de renacimiento. De ahí la importancia de la ceremonia llamada *tata'kitate* («sacar al ahijado del temazcal») entre los totonacas: «La familia llama a un curandero que llega durante la velada que precede a la fiesta. La noche transcurre entre plegarias y ofrendas a *Natsi'itni* y danzas. Al amanecer comienza la ceremonia en el temazcal, el que ha sido decorado con claveles de la India. La partera entra en aquél y arroja agua en las piedras ardientes del *susum* doce veces por una niña, trece por un niño. Luego recibe a la criatura de brazos del padrino, a la que baña y después fustiga con ramos que ya conocemos, doce o trece veces si es niño o niña, antes de entregarla al padrino. Este danza con la criatura en los brazos» (Ichon, 1973: 329-30).

La relación con la Diosa-Madre o la Tierra se simboliza también mediante el entierro de la placenta bajo el piso del temazcal correspondiente a la casa de la familia. «La placenta continúa siendo parte del individuo... Por tanto, cada individuo debiera saber dónde fue enterrada su placenta. Posteriormente puede ocurrir que uno enferme y los encantamientos del adivino indiquen que el tratamiento requiere que se ofrezcan oraciones frente al cuarto de baño en el cual fue uno *bañado por primera vez* y en el cual la *placenta vive*. En consecuencia, cuando un niño nace lejos del hogar (durante un viaje o en una plantación de café) la placenta debe cocerse en una vasija de barro hasta que quede seca. En esta forma puede ser llevada al pueblo y enterrada en el cuarto de baño de la familia. «El cuarto de baño volverá a estar alegre —dijo Diego Martín— cuando la familia vuelva con un nuevo niño y el fuego sea encendido de nuevo en él. Incluso después de llegar a adulta una persona debe volver de cuando en cuando al mismo baño para encender una vela y orar.» Esta es, al menos, la creencia en Santiago Chimaltenango (Wagley, 1957: 129-130).

Por otra parte, la unión con la placenta representa también un nexo con la casa del padre. Wagley (1957: 130) nos dice: «Diego y Andrea Martín me dijeron que, antes de construir un baño propio, uno debía romper el lazo que lo ataba al baño de su padre, por medio de una ceremonia.»

El segundo elemento que se identifica con la misma esencia del temazcal es el fuego. El dios del temazcal es *Taqsjoyut*, dios del fuego, el viejo dios Huehuateotl, que puede marchitar o restituir su frescura a las flores (Ichon, 1973: 91). El dios del fuego reside en el horno llamado entre los totonacos *xicle* (que deriva del nahuatl *xitl*: ombligo). Si «el temazcal representa a la tierra; el viejo dios del Fuego —el Huehuateotl nahuatl— vive en el *ombligo de la Tierra*: el quinto punto cardinal. El enfermo, la parturienta..., al entrar al temazcal penetran en realidad en el seno de la Tierra-Madre; de ahí salen sanados, purificados por el Fuego y el Agua *nuevos*, como recién nacidos» (Ichon, 1973: 151), ya que el vapor purificador es obtenido por la unión del agua (*Natsi'ttini*) y del fuego (*Taqsjoyut*).

CONCLUSIONES

De todo lo que llevamos dicho, y especialmente del significado que podemos deducir del temazcal descubierto en Agua Tibia (Totonacapan), se desprenden algunas conclusiones importantes que vamos a especificar a continuación.

La comparación entre los baños de vapor arqueológicos y los etnográficos podía llevar a la conclusión de que en lo que se refiere a este

aspecto de la cultura se ha producido un fenómeno de deterioro de manera que lo que fueron lujosos temazcales en Piedras Negras o Chichén Itzá, hoy son modestas construcciones. De igual modo podría pensarse, como dice Ichon (1977: 206), que «los baños de vapor eran probablemente un lujo no accesible a todos como lo son hoy. Aunque hubiese temazcales para el estrato más bajo de la población, podemos pensar que éstos eran como los que hemos observado entre los totonacos de la Sierra de Puebla en México, con instalaciones sumarias y precarias, simples cubiertas de ramas arqueadas, cubiertas con hojas».

Hoy, tras el descubrimiento de Agua Tibia, creemos tener completo el cuadro en lo que se refiere a la etapa precolombina y a partir de ella una explicación más ajustada a la realidad que lo apuntado más arriba. En primer lugar, la diferencia entre los temazcales etnográficos, tanto los del altiplano de Guatemala como los del centro de México y los temazcales arqueológicos, ya no es tan notable como antes. Ambos tipos de baños de vapor se diferenciaban fundamentalmente porque todos los arqueológicos correspondían a centros ceremoniales y, por consiguiente, a la *élite*, mientras que los etnográficos eran siempre de carácter *popular*; los primeros tenían un marcado sello urbano, mientras los segundos eran de carácter rural. Con el temezcal de Agua Tibia tenemos el primer baño de vapor arqueológico de carácter popular y rural, con lo que las diferencias, antes tan notables, quedan suficientemente disminuidas como para que pensemos que, realmente, el tipo de temazcal popular-rural no ofrece diferencias notables en el último millar de años, que es el tiempo que podemos suponer que separa Agua Tibia del presente etnográfico.

El eslabón intermedio podría ser el que representen los temazcales descubiertos en Coapa (Chiapas), en un pueblo de indios donde hallamos una proporción de 1 : 4, muy semejante a la de los pueblos actuales, al menos en las zonas en que, por su aislamiento, se conserva mejor su uso (Lee, 1979: 220). A ese mismo eslabón intermedio pertenece la imagen que hallamos en el Codex Magliabecchianus (Nuttall, 1903: 65): el temazcal que se representa en él es semejante a muchos de los etnográficos que reproducimos en la ilustración de este ensayo.

En nuestra opinión, pues, la tradición del temazcal se presenta en época prehispánica en dos planos: *urbano*, vs. *rural* y *señorial*, vs. *popular*, pero siempre con un carácter marcadamente religioso y ceremonial. Con la llegada de los españoles, la tradición urbano-señorial queda radicalmente yugulada, continuando únicamente la tradición rural-popular hasta nuestros días. En los últimos cinco siglos el proceso de secularización ha hecho que en muchos lugares el sentido religioso se haya perdido casi por completo, reduciéndose el uso del temazcal a fines terapéuticos o simplemente higiénicos.

BIBLIOGRAFIA

- AGRINIER, Pierre:
1966 La casa de baños de vapor de San Antonio. *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 25: 29-32. México.
- ALCINA FRANCH, José:
1978a La arqueología de la cuenca del río Samalá (Guatemala). *Congreso del V Centenario del nacimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo*. San José de Costa Rica (en prensa).
1978b Cambio cultural en el Occidente de Guatemala: planteamientos generales de una investigación. *América y la España del siglo XVI*. CSIC. Madrid (en prensa).
1979a Excavaciones arqueológicas en Salcajá, Guatemala. *Historiografía y bibliografía americanistas*. Sevilla (en prensa).
1979b Agua Tibia: un poblado Clásico Tardío en Totonicapán. *Antropología e Historia de Guatemala*. Guatemala (en prensa).
- ARREOLA, J. M.:
1920 El temazcal o baño mexicano de vapor. *Ethnos*. Vol. I, núm. 1: 28-33. México.
- BANDELIER, A. F.:
1884 *Report of an archaeological tour in Mexico in 1881*. Archaeological Institute of America. American Series. Vol. 2. Boston.
- BLOM, Franz, y Oliver LA FARGE:
1926- *Tribes and Temples*, 2 vols. Tulane University. Middle American Research Institute. Publ. 1. New Orleans.
- BORHEGYI, Stephan F.:
1965 Archaeological synthesis of the Guatemalan highlands. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 2: 3-58. Austin, Texas.
- CARRASCO, Pedro:
1946 El Temazcal. *México Prehispánico*, pp. 737-741. México.
- CIUDAD, Andrés, y Josefa IGLESIAS:
1979 Informe preliminar sobre la cerámica de Las Victorias Salcajá. Guatemala. *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. IX: 155-197. Madrid.
- CLAVIGERO, F. S.:
1817 *The History of México*. Philadelphia.
- CRESSON, Frank M. (Jr.):
1938 Maya and mexican sweat houses. *American Anthropologist*, n. s., vol. 40: 88-104. Menasha, Wiss.
- DICCIONARIO:
1864 ... *de Motul*. *Diccionario de la lengua Maya de Yucatán*. Providence.
- DRIVER, Harold E.:
1961 *Indians of North America*. The University of Chicago Press. Chicago.
- DURÁN, Fray Diego:
1880 *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*. Imprenta Ignacio Escalante. México.
- FLORENTINE CODEX:
1957 ... *Book 4: The Soothsayers and Book 5: The Omens*. Translated from the Aztec into English with notes and illustrations by Charles E. Dibble and Arthur O. Anderson. Santa Fe, New Mexico.
- GAGE, Thomas:
1699 *A New Survey of the West Indies*. 4th. ed. London.

- GAMIO, Manuel:
 1922 *La población del Valle de Teotihuacán*. Dirección de Antropología. Secretaría de Agricultura y Fomento. México.
- GREENMAN, E. F.:
 1963 The Upper Paleolithic and the New World. *Current Anthropology*. Vol. 4: 41-91. Chicago.
- HARVEY, H. R., e Isabel KELLY:
 1969 The Totonac. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 8: 638-681. Austin, Texas.
- HAVILAND, W. R.:
 1965 Prehistoric settlement at Tikal, Guatemala. *Expedition*. Vol. 7, núm. 3: 14-23. Philadelphia.
- HENSHAW, Henry W.:
 1910 Sweating and sweat houses. En: *Handbook of American Indians North of México*. Part. II: 660-662. Bureau of American Ethnology. Bulletin 30. Washington.
- HOPPE, Walter A., y Roberto J. WEITLANER:
 1969a The Ichcatec. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 7: 499-505. Austin, Texas.
 1969b The Chocho. *Ibidem*. Vol. 7: 506-515. Austin, Texas.
- HOPPE, W. A., A. MEDINA y R. J. WEITLANER:
 1969 The Popoloca. *Ibidem*. Vol. 7: 489-498. Austin, Texas.
- ICHON, Alain:
 1973 *La religión de los Totonacas de la Sierra*. Instituto Nacional Indigenista. México.
 1977 A late postclassic sweathouse in the Highlands of Guatemala. *American Antiquity*. Vol. 42: 203-209. Salt Lake City.
- KIDDER, A., y Edwin SHOOK:
 1959 A unique ancient maya sweathouse, Guatemala. *Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde. Hamburg*. 25 Sonderdruck: 70-74. Hamburgo.
- KRICKEBERG, Walter:
 1933 *Los Totonacas*. Traducción de Porfirio Aguirre. México.
 1935 Beiträge zur Frage der alten kulturgeschichtlichen Beziehungen zwischen Nord und Südamerika. *Zeitschrift für Ethnologie*, núms. 4-6. Berlín.
 1961 *Las antiguas culturas mexicanas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- LA FARGE, Oliver:
 1947 *Santa Eulalia: the religion of a Cuchumatán indian town*. University of Chicago Press. Chicago.
- LA FARGE, O., y D. BYERS:
 1931 *The year bearer's people*. Tulane University. Middle American Research Institute. Publ. núm. 3. New Orleans.
- LEE, Thomas A. (Jr.):
 1979 Coapa, Chiapas: A sixteenth Century Coxoh Maya Village on the Camino Real. En: *Maya Archaeology and Ethnohistory* (Norman Hammond and Gordon R. Willey, eds.): 208-222. University of Texas Press. Austin-London.
- LOPATIN, Ivan A.:
 1960 Origin of the native american steam bath. *American Anthropologist*. Vol. 62: 977-993. Menasha, Wis.
- LOTHROP, Samuel K.:
 1928 *Santiago Atitlán. Guatemala*. Indian Notes. Museum of the American Indian. Heye Foundation. Vol. 5, núm. 4. New York.

- MADSEN, W.:
 1960 *The Virgin's children: life in an Aztec village today*. University of Texas Press. Austin.
 1969 *The Nahua. Handbook of Middle American Indians*. Vol. 8: 602-637. Austin, Texas.
- MANRIQUE, Leonardo:
 1969 *The Otomí. Handbook of Middle American Indians*. Vol. 8: 682-721. Austin, Texas.
- MASON, J. Alden:
 1935 Mexican and mayan sweat baths. *Museum Bulletin, University of Pennsylvania*. Vol. 6, núm. 2: 65-69. Philadelphia.
- MASON, J. A., y Linton SATTERTHWAITTE:
 1933 *Piedras Negras Preliminary Papers No. 1*. University Museum. Philadelphia.
- MOLINA, Alonso:
 1944 *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*. Colección de Incunables Americanos. Vol. IV. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid.
- MONTAGU, Roberta:
 1969 *The Tojolabal. Handbook of Middle American Indians*. Vol. 7: 226-229. Austin, Texas.
- MORLEY, Sylvanus G.:
 1936a *Guía de las ruinas de Quiriguá*. Institución Carnegie de Washington. Washington.
 1936b Chichén Itzá. *Carnegie Institution of Washington Year Book*. Vol. 35: 121-122. Washington.
- NUTTALL, Zelia:
 1903 *The Book of the Life of the Ancient Mexicans*. University of California. Berkeley.
- PARSONS, Elsie Clews:
 1936 *Milla. Town of the souls*. The University of Chicago Press. Chicago.
- POLLOCK, H. E. D.:
 1965 Architecture of the Maya Lowlands. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 2: 378-440. Austin, Texas.
- PULESTON, D. E.:
 1965 The chultuns of Tikal. *Expedition*. Vol. 7, núm. 3: 24-29. Philadelphia.
- RAVICZ, Robert S.:
 1965 *Organización social de los mixtecos*. Instituto Nacional Indigenista. México.
- REDFIELD, R.:
 1930 *Tepoxtlán, a Mexican village*. University of Chicago Press. Chicago.
- RIVERA DORADO, Miguel:
 1978 La primera temporada de excavaciones en Salcajá, Guatemala. *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. VIII: 111-125. Madrid.
- RUPPERT, Karl:
 1935 *The Caracol at Chinchén Itzá, Yucatán, México*. Carnegie Institution of Washington. Publ. 454. Washington.
 1952 *Chichén Itzá. Architectural notes and plans*. Carnegie Institution of Washington. Publ. 595. Washington.
- RUZ L'HUILLIER, Albert:
 1952 Exploraciones en Palenque: 1951. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*. Vol. 5: 47-66. México.

- SAHAGÚN, Fray Bernardino de:
 1975 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 3.^a edición. Ed. de Angel M.^a Garibay K. Porrúa. México.
- SATTERTHWAITE, Linton:
 1936a An unusual type of building in the Maya Old Empire. *Maya Research*. Vol. 3, núm. 1: 62-73. New Orleans.
 1936b *Notes on the Work of the Fourth and Fifth University Museum Expeditions to Piedras Negras, Petén. Guatemala*. *Maya Research*. Vol. 3, núm. 1: 74-91. New Orleans.
 1952 *Piedras Negras archaeology: architecture. Part V: sweat-houses*. University Museum of Pennsylvania. Philadelphia.
- SCHULTZE-JENA, L. S.:
 1933 *Legen, Glaube und Sprache der Quiché von Guatemala*. Indiana. Vol. 1. Jena.
- STARR, Frederick:
 1900 *Notes upon the Ethnography of Southern Mexico*. Davenport Academy of Natural Sciences. Vol 8. Davenport, Iowa.
 1902 *Notes upon the Ethnography of Southern Mexico, Part II. Ibidem*. Volumen 9. Davenport, Iowa.
 1908 *In Indian Mexico: a narrative of travel and labor*. Chicago.
- STOLL, Otto:
 1886 *Guatemala*. Leipzig.
- TAX, Sol, y Robert HINSHAW:
 1969 The Maya of the Midwestern Highlands. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 7: 69-100. Austin, Texas.
- THOMPSON, J. Eric. S.:
 1965 Archaeological synthesis of the Southern Maya lowlands. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 2: 331-359. Austin, Texas.
- VILLA ROJAS, Alfonso:
 1969a The Tzeltal. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 7: 195-225. Austin, Texas.
 1969b Maya Lowlands: The Chintal Chol and Kekchí. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 7: 230-243. Austin, Texas.
- VIRKKI, Niilo:
 1962 Comentarios sobre el baño de vapor entre los indígenas de Guatemala. *Guatemala Indígena*. Vol. II, núm. 2: 71-85. Guatemala.
- WAGLEY, Charles:
 1957 *Santiago Chimaltenango*. Seminario de Integración Social Guatemalteca. Vol. 4. Guatemala.
 1969 The Maya of Northwestern Guatemala. *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 7: 46-68. Austin, Texas.
- WAUCHOPE, Robert:
 1936 Zacualpa. *Carnegie Institution of Washington Year Book*, núm. 35 (1935): 128-130. Washington.
 1938 *Modern Maya Houses: a study of their archaeological significance*. Carnegie Institution of Washington. Publ. 502. Washington.

Universidad Complutense de Madrid.